

REVISTA
DE
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

TOMO LXVIII

JULIO-DICIEMBRE 1988

Fascículos 3.º-4.º

LAS PERIPECIAS ESPAÑOLAS DEL SUFIJO
LATINO *-ōriu, -ōria*

YAKOV MALKIEL

I

A primera vista, la perspectiva de un examen pormenorizado del desarrollo del sufijo latino compuesto *-ōRIU* en español antiguo, clásico y moderno no es particularmente seductora. Como otros muchos sufijos a que acuden los hablantes, *-orio* (que en lo actual ha llegado a ser la forma básica de ese instrumento de la derivación) figura con frecuencia en sustantivos (p. ej., *consist-orio*) y adjetivos (p. ej., *perent-orio*, m.; *-oria*, f.). Las más veces, tiene carácter francamente erudito, lo cual no facilita la identificación del radical (resulta menos complicado encontrar *consist-ir* que dar con *perim-ir* que el español —muy opuesto en este particular al francés— parece que se negó a agasajar). Se hallan unos pocos sustantivos que lucen la variante femenina del sufijo: testigo *trayectoria*, preferencia nada difícil de explicar, ya que sencillamente conviene tomar como punto de partida el grupo (*línea*) *trayectoria*; en seguida confirman esta hipótesis el género y la desinencia de *divisoria*. No faltan unas cuantas voces que se emplean exclusivamente en el plural, entre ellas *dimisorias*. Esta última formación, por añadidura, revela el carácter eclesiástico de ciertas voces y comparte con numerosos elementos del léxico religioso la peculiaridad de prestarse, en el nivel del lenguaje familiar, a ciertos usos humorísticos, sean o no de mal gusto (p. ej., *dar dimisorias* a 'despedir con brusquedad'; *llevar dimisorias* 'quedar despedido'). A medida que examinemos el material con mayor detenimiento, da-

remos con algunas voces de cariz menos latinizante, como *abol-orio*, extraído de *abuelo* que, como la gran mayoría de los términos de parentesco, es una palabra archipatrimonial. De ser así, llega a ser lícito tachar *abolorio* de cierto hibridismo, igual que *cod-icia*, en lo antiguo *cobd-icia*, que combina un sufijo culto, reflejo de -ITIA latino (como *mal-icia*, *not-icia*), con un radical sujeto al juego de las leyes fonéticas, producto de CUPIDUS 'deseoso, anhelante'. Una nota cómica se percibe también en la formación chistosa *cas-orio* 'casamiento apresurado'. Pero, por encima de su tono, *cas-orio* llama la atención por el propio modo de su derivación: entronca no con *casa*, sino con el verbo *casar*, y en este respecto se aleja radicalmente de *abol-orio*, que se apoyaba en el sustantivo *abuelo*, el cual, a su vez, se enlazaba con AVUS. Por otro lado, resulta con toda claridad del análisis de los cultismos que en latín clásico y aun medieval, -ŌRIU, ora en su función de sustantivo, ora en la de adjetivo, siempre se apoyaba en el participio pasado: DĪMISSUS, DĪVĪSUS, PEREMPTUS, TRĀIECTUS. Es decir, que en español parecen correr parejas la liberación de -orio de cierta austeridad o solemnidad jurídico-eclesiástica con el aumento del alcance gramatical (o del relajamiento jerárquico).

Pero aun esto no es todo. Tradicionalmente, no hay óbice a que se combinen las formaciones en -orio, -oria con otros sufijos no menos cultos, quedando adoptadas en seguida formas como *consist-orial* o *perent-oriadad* (por cierto, muy pedantes); tampoco faltan vocablos que, quizás por azar, carecen de cualquier satélite, quedando condenados así al aislamiento total, como *divinat-orio* o *interces-orio*. Por otra parte, la ocasional sustitución de -orio por -orrio se debe a un proceso de índole enteramente distinta. Sea o no porque -orrio, además de su transparente conexión con -orio, se relaciona también con -orro, sufijo dotado, igual que -arro y -urro, de extraordinaria fuerza expresiva, la coexistencia de *bod-orrio* y *cas-orio*, muy elocuente en este respecto, muestra la capacidad de -orio de acercarse, no sólo en lo semántico, sino también en lo formal, al polo opuesto a lo culto y convencional; y así, sin duda, conviene interpretar también *alde-or(r)io* y *vill-orrio*, frente a *vill-oría*¹.

II

Las complicaciones van a aumentar a medida que el observador cambie de perspectiva para analizar el material acaudalado, colocándose, por decirlo así, en la atalaya de un latino hablante deseoso de enterarse de las ul-

¹ En esta peculiaridad ya se fijó Federico Hanssen en su *Gramática histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913, § 378.

teriores fortunas de su arsenal de instrumentos gramaticales. Huelga insistir en que los comparatistas, en primer plano W. Meyer-Lübke, siempre han preferido adoptar esta perspectiva; entre los estudiosos de una lengua romance particular, p. ej., los hispanistas, han alternado las tomas de posición prospectiva y retrospectiva, partiendo Hanssen, por regla general, del latín y Alemany Bolufer, al revés, del español; finalmente, Menéndez Pidal, por lo menos en las sucesivas ediciones de su *Manual de gramática histórica*, no se refirió a *-orio* excepto indirectamente, pero sí examinó de pasada un elemento hasta cierto punto afín, a saber *-ario*, con sus variantes *-ero*, *-er* y *-el*, en una sección de carácter más bien panorámico, "Procedencia de los sufijos"².

² MEYER-LÜBKE, en el t. II (*Romanische Formenlehre*), Leipzig, 1894, de su obra clásica, *Grammatik der romanischen Sprachen*, se ocupó, con toda brevedad, del sufijo *-IUM*, de escasa importancia en la fase romance (§ 404); luego se explayó sobre *-ĀRIUS*, *-ĀRIUM*, *-ĀRIA*, siguiendo este orden (§§ 467-470), así como sobre *-ERIUM* (§ 471), pero sin preocuparse por *-ōRIUM* en esa altura, con lo cual se rompió la gama \bar{a} - \bar{e} - \bar{o} , tan importante para las lenguas medievales y, en medida menor, las modernas; reanudó la discusión del problema que está sobre el tapete, titulándolo "vicisitudes de *-tōRIUS*" (§ 491), sin titubear en extenderlo a *-sōRIUS*, etc. y en prestar la debida atención al sustantivo neutro correspondiente. Desde luego, le deparó la suerte volver a alguna que otra ramificación del problema en varias obras posteriores, ante todo la segunda parte (1921) de su gramática histórica del francés.

Para el pensamiento de MENÉNDEZ PIDAL conviene tener presente, a más de las revisiones del *Manual de gramática histórica española*, con particular atención a la última versión, Madrid, 1941 (reimpresión varias veces), § 84-1, otras varias alusiones. Por desgracia, se nota el mismo interés por *-ĀRIU*, en merma de cualquier curiosidad paralela por *-ōRIU*, en el § 69 ("Formación nominal") del esbozo de gramática que figura en el t. I, Madrid, 1908, de la edición monumental del *Cid*. Sin embargo, despierta interés el comentario —muy sucinto— del uso medieval de *-dor*: muy común en nombres de agente, aquel sufijo, presente en sus tres variantes *-ador* (*campeador*, *criador*, *emperador*, etc.), *-edor* (*coñoscedor*, *corredor*, etc.) e *-idor* (*sabidor*, *traydor*, etc.), brillaba por su ausencia del conjunto de nombres de instrumento —¿alusión al uso moderno, que tolera la rivalidad de *-ador(a)*, *-adero* y *-adere*? Esta idea fugaz no deja de estimular la especulación; véase más adelante. En cuanto a los *Orígenes del español*, esta obra tan meritoria ni siquiera en su tercera edición, muy refundida, del año 1950, se prestó a una elaboración del problema, aunque el autor sí se tomó la molestia de reexaminar, con base en las antiguas grafías, las peripecias de *-adura* y *-edura* (§ 61-6).

El alto nivel del examen crítico de FEDERICO HANSEN, *Gramática histórica de la lengua castellana*, § 330, se debe en parte a la circunstancia de que, ya de relativamente joven, en el período pre-chileno de su formación, prestó atención a los matices semánticos de adjetivos deverbales; a la zaga de su artículo sobre *-BILIS* (en latín), salió otro trabajo suyo, escrito todavía en Leipzig y redactado en inglés, ya que lo destinaba para una revista norteamericana: "The Latin Adjective", *American Journal of Philology*, 10 (1889), págs. 34-43; véanse, ante todo, las págs. 38 y 39, dedicadas al zig-zagueo de *-tōRIUS/-sōRIUS*.

Es justo calificar de abundante la documentación reunida por JOSÉ ALEMANY BOLUFER en su *Tratado de la formación de palabras en la lengua castellana: la derivación y la composición...*, Madrid, 1920; anteriormente, había salido a plazos en el *BRÆ*. También esta vez resultó acertado el análisis de la mayor parte de los detalles. Pero la dispersión de los datos recogidos asumió aquí proporciones peligrosas (véanse los

Encarado así el asunto, se puede caracterizar *-ōRIUS* (f. *-A*, n. *-UM*) como uno de los así llamados sufijos compuestos que de tanto éxito han disfrutado en las etapas tardías del latín, el escrito igual que —presumiblemente— el hablado. Se descompone en dos elementos, a) *-ōR-* (que actúa también en un sinnúmero de nombres de agente), agregado al tema del participio pasado, ya termine en *-T-*, ya en *-S-* (que a veces se esconde tras la grafía *-X-*); y b) *-IUS*, *-IA*, *-IUM*, privado de significado propio, pero cargado de varias responsabilidades gramaticales. Este último desempeñaba, aproximadamente, el mismo papel frente a *-ōR-*, el verdadero núcleo semántico del conjunto, como *-EUS*, *-EA*, *-EUM* frente a *-ĀC-* o a *-ĀN-/-ĪN-*; de ahí la frecuencia de *-ĀCEUS*, *-ĀNEUS*, *-ĪNEUS* en la lengua literaria y, en más alto grado todavía, en la coloquial. Por lo demás, en el habla, *-IU* y *-EU* átonos se confundían completamente.

Sin embargo, no había paralelismo perfecto entre los tres sufijos compuestos que acabamos de aducir. Tan pronto como prorrumpió la tendencia de reducir la estructura silábica de *-ĀNEU*, etc., a /a:nju/, empezó a prevalecer la compresión de la consonante /n/ y de la semiconsonante contigua /j/ en un solo fonema ajeno a la lengua clásica, a saber /ñ/; el mismo tipo de compresión sucedió en el caso de /k/ y /j/ adyacentes, complicando la evolución tan sólo, en la gran mayoría de los romances, la subsiguiente asibilación de la velar: /k/ > /č/ o /'s/, como sale a la vista en el caso de

§§ 53-54, 151, 154): con la disgregación de una sola biografía en unos comentarios sueltos sobre *-dero* (y, en parte, *-duero*), *-dor*, *-sorio* y *-(t)orio/-(t)oria* se diluye irremediablemente la impresión de conjunto, mientras la escasa familiaridad del autor con el fenómeno de interferijos ¡le hace postular un sufijo *-estorio* para justificar una sola palabra: *vejestorio*!

Esta crítica se aplica también al enorme diapasón de los escritos de VICENTE GARCÍA DE DIEGO, desde los *Elementos de gramática histórica castellana*, Burgos, 1914, a través de la *Contribución al diccionario hispánico etimológico* (1923, 1943) —crítica del *REW*¹ de MEYER-LÜBKE— hasta la *Gramática histórica española* (Madrid, 1951) y las dos versiones de su diccionario —póstuma la segunda (1957, 1985). En la primera de estas obras se borra el contorno del morfema a pesar de varias ideas sugestivas que expone el autor, porque, en su largo capítulo sobre los sufijos, lo menciona entre las formas cultas que ya tenían representantes vulgares, p. ej. *dormitorio* (§ 193); lo cita, en la forma *-dero*, con motivo de “grupos ideológicos”, como modo de señalar ya el lugar (*comedero*), ya el instrumento (*calsadero*, *podadera*, § 194); vuelve a ocuparse de él, mejor dicho, de su variante erudita *-orio*, al acometer el problema de sufijos despectivos: *-orrio* < *-orio* multiplicado por *-orro* (§ 197); y termina por explayarse sobre él a propósito de los “sufijos adjetivales” (§ 199), para examinar formaciones tan lejanas del dominio adjetival como *entendederas* y *tijeras*.

Pese a la programática orientación del libro en cuestión hacia la diacronía, la *Morfología histórica del español* de MANUEL ALVAR y BERNARD POTTIER (Madrid, 1983), por azar, presta su máximo servicio en el plano descriptivo, por la hábil confrontación, haciendo hincapié en ciertas diferencias semánticas que se notan en el uso moderno, por un lado, de *-dero* y *-torio* y, por otro, de *-dero* y *-dor* (p. ej., *dormidero* frente a *dormitorio*; *pueridero* frente a *pueridor*).

-ĀCEU > *-acho, -aço*; el de su variante vocálica -ĪÇEU, etc. Pero de ninguna manera se produjo la misma situación (o una alternativa simple, que se prestara a una rápida generalización) en el caso de -ŌRIU, -ĀRIU, por rebelarse los hablantes en ambiente romance, con notable unanimidad, contra la introducción de un fonema /r/, aunque no es nada excepcional en otros idiomas (p. ej., se emplea comúnmente en ruso, en posición final —al pronunciar la voz que corresponde a *zar*, etc.). Por compensación, a partir de la Edad Media, las lenguas y dialectos romances han ido acudiendo a varias soluciones rivales: se omitía sin más ora la /r/, ora la /j/; se mantenía casi intacta la desinencia -ŌRIU (o su variante femenina), no sólo en palabras doctas o semidoctas o se dejaba absorber la semivocal por el radical, cristalizándose (m.) *-ojru*, f. *-ojra* con reverberaciones previsibles así como desarrollos ulteriores originales según la zona en cuestión. Así, el portugués ha llegado a tolerar /owru/, escrito *-ouro*, como legítima variante de *-oiro*; el castellano, marcado por un desarrollo vertiginoso del diptongo *ue* en la etapa primordial de su historia, se apresuró a transformar /oj/ en /we/, pero en seguida retrocedió, permitiendo a veces que ese diptongo cediera terreno al monoptongo /e/, metamorfosis nunca aclarada de manera satisfactoria, que todavía pedirá nuestra atención. Lo que complica aún más una situación ya muy intrincada es el hecho de que, en la capa más baja del conducto de transmisión, la /t/ de -ĀT-ŌRIU, etc., no tardó en sonorizarse, avanzando en la previsible dirección /t/ > /d/, con las dos realizaciones coexistentes [d] y [ð], según el contexto, mientras en el caso de voces en que una consonante precedía a la -T-, p. ej., en SCRĪPTŌRIUM, la /t/ se immobilizó, aun después de pérdida, a raíz de un independiente desarrollo posterior, aquella consonante protectora. La suma y el juego de todos estos factores comienzan a explicar la excepcional complejidad de la evolución².

² Solo con mucha cautela puede hablarse de gamas vocálicas de sufijos en el caso de /rj/ latino o de sus descendientes románicos. En el nivel cronológico de la Antigüedad, los sustantivos —en gran parte abstractos o colectivos— en -ĀRIUM y -ŌRIUM muestran cierta afinidad mutua, y a su atracción recíproca hace eco -ĒRIUM, si bien en este último caso se trata con frecuencia de un ingrediente importado del griego (las más veces, eclesiástico), con adaptación posterior a las condiciones del latín tardío: BAPTISTĒRIUM, CLYSTĒRIUM, CRITĒRIUM, MONASTĒRIUM, MYSTĒRIUM, PRESBYTĒRIUM, PSALTĒRIUM, con base en -ῥιον (es decir, con la /e/ larga) en los modelos helénicos. Además, surgió —al parecer, independientemente— la combinación de -ER e -IUM (por consiguiente, esta vez con la /e/ breve) dentro de la capa auténticamente latina del léxico: IMP-ĒR-IUM, MINIST-ĒR-IUM, VITUP-ĒR-IUM. Compenetrándose estas dos corrientes en latín eclesiástico, dieron cierto ímpetu a la infiltración de varios cultismos (o imitaciones de cultismos) en el léxico español: por un lado, *desiderio, improprio* y *refrigerio*; por otro, *cautiverio, sahumero; gatuperio* a imitación de *vituperio*; y, en la lengua de Gonzalo de Berceo, también *reguncerio*, mostrando *cementerio* < COEMETĒRIU, por su inesperada asociación con *ce-*, *cimiento*, la paulatina vulgarización de un helenismo favorecido por el triunfo de la nueva religión. Lo esencial ya queda señalado en la *Gramática* de HANSEN (§ 314). Lo que, a pesar de ciertas semejanzas, separa -ERIU de

III

No se puede dar por concluida esta etapa del desbrozo sin que se insista debidamente en una diferencia fundamental entre los segmentos iniciales

-ĀRIU y -ōRIU es la falta absoluta de cualquier tipo adjetival *-ERIU, -ERIA, frente a la abundancia de -ĀRIU y -ōRIU, acompañados de sus respectivas variantes femeninas; es probable que la amalgama de -ĒRIU helenizante y -ĔRIU patrimonial produjera una *e* breve y, en lo sucesivo, abierta: /ɛ/. Quedó completamente aislado el segmento -YRIU de MARTYRIUM, resultando la *ý* pronunciada cada vez más como /i/.

Reducido, por lo tanto, a un *mínimum* el papel de -ERIU en este proceso multidimensional, es lo indicado ceñirse a un examen en clave comparatista de -ĀRIU y -ōRIU, que tenían en común una larga vocal tónica. Mientras se trata de cultismos netos, no hay motivo para negar cierto paralelismo entre las trayectorias de -ario y -orio en español, portugués e italiano, o entre -aire y -oire en francés (para no olvidarse de -ary y -ory en la capa latino-románica del inglés).

Pero tan pronto como se llegue a pasar revista a las voces patrimoniales, el paisaje cambia de súbito. Las palabras francesas de esta categoría que conservan un descendiente del elemento -ōRIU latino atestiguan un desarrollo normal del sufijo, que asumió la forma -oir, pronunciada /ojr/ no bien quedó superada la breve fase transitoria de /oír/. Al revés, la forma -air, que debería corresponderle constantemente, en realidad no se encuentra más que en unas pocas voces, p. ej. en *vair* 'abigarrado' < VARIU (donde, por añadidura, no se trata, en rigor, de un sufijo). Quedó desalojada del resto de sus posiciones por el empuje de un comunísimo tipo rival -ier, en que los eruditos, después de los primeros tanteos algo torpes de E. STAAFF y E. R. ZIMMERMANN, han terminado por reconocer las huellas de un cruce de -ĀRIU con un sufijo germánico de función análoga. Al revés, el español luce una evolución perfectamente normal y transparente de -ĀRIU > -ero, a través de la etapa preliteraria -eiro (que se ha conservado en gallegoportugués), a excepción de las voces en -er y en -el que pidió prestadas al galorrománico, proceso indagado a fondo por ANITA KATZ LEVY en el penetrante estudio que salió en *RPh*, 18:4 (1965), págs. 399-425; 20:3 (1967), págs. 296-320, con particular atención a las gamas vocálicas, págs. 302-5. Por curioso azar, que trataremos de dilucidar, esta vez fue el español al que incumbió el papel de ofrecer una evolución excepcional, cuando los hablantes permitieron a -(d)uero, todavía nada raro en antiguo riojano, adoptar la forma -(d)ero, incontrovertiblemente secundaria; para los detalles véase *infra*. En este respecto, el portugués antiguo, debido a sus instrumentos de derivación -airo (típico de semicultismos) y -eiro (en voces patrimoniales), heredados ambos de -ĀRIU, frente a -oiro, el representante local de -ōRIU, se acercaba mucho más al ideal de fomentador de unas gamas vocálicas; pero, con el pasar del tiempo, -airo cayó en desuso —véase mi discusión en *Language*, 20 (1944), págs. 116-9—, mientras la posición de -oiro se debilitó, imponiéndose cada vez más la rivalidad -oiro ~ -ouro. Dado este rumbo que siguieron los asuntos en la Península, tal vez sea la típica pareja toscana -aio ~ -oio (testigos: *for-n-aio* 'panadero' frente a *frant-oio* 'molino de aceite') la que mejor encaja, en una forma más bien modesta, el ideal de una corta gama vocálica —con el eje consonántico reducido a /j/ después de la característica pérdida de la /r/.

Sobre las gamas vocálicas pueden consultarse varios trabajos míos escalonados a lo largo de dos décadas: la monografía de sabor dialectológico *Patterns of Derivational Affixation in the Cabraniego Dialect of East-Central Asturian*, Univ. of California Publications in Linguistics, t. 64, 1970; el artículo (por desgracia, plagado de erratas) "Infinitive Endings, Conjugation Classes, Nominal Derivational Suffixes, and Vocalic Gamuts in Romance", *Acta Linguistica Hafniensia*, 17:1 (1982), págs. 15-48; y mi contribución a una miscelánea británica (en prensa): "French Suffixal Derivation: Its Aloofness from Vocalic Gamuts".

de las respectivas trayectorias de los sufijos *-ōriu* y *-āriu*, ambos muy copiosamente representados en español igual que en las lenguas congéneres. De tomarse en cuenta el hecho de que *-āriu* parece entroncar con *-āre*, variante de *-āle* (quizás por extensión secundaria), no causa extrañeza que se encuentre ante todo en adjetivos extraídos de sustantivos, siendo los modelos más familiares (en que ya se detuvo Hanssen: véase el § 314 de su *Gramática histórica*) *CANIS LEPORĀRIUS* 'perro adiestrado a cazar liebres' y *FABER ARGENTĀRIUS* 'artesano cuyo oficio u ocupación es manufacturar objetos de plata'. A partir de esta fase primitiva del desarrollo se produjo, en los romances, una enorme proliferación de funciones, en gran parte mediante varios modos rivales de sustantivación, oponiéndose *ARGENTĀRIUS* 'platero' a *ARGENTĀRIA* 'mina de plata' a la vez que a *ARGENTĀRIUM* 'armario donde se guardan objetos de plata'. A este caudal de formaciones acuñadas en clave innovadora cabe agregar otras, que han conservado el carácter esencialmente adjetival del sufijo: *art-ero*, *cert-ero*, *delant-ero*, *lisonjero*, *llen-ero*, *mañ-ero*, *postr-ero*, *prim-ero*, *terc-ero*, *verdad-ero*. Entre los sustantivos saltan a la vista los nombres de defectos físicos, obligatoriamente femeninos: *cegu-era*, *coj-era*, *floj-era*, *manqu-era*, *sord-era*, categoría a que pertenece también *borrach-era*; además, los nombres de ciertos árboles frutales: *higu-era*, *nogu-era*, tipo que se ha desarrollado incomparablemente mejor en portugués: *cerej-eira*, *laranj-eira*, *maci-eira*, *oliv-eira*, *per-eira*. Cualesquiera que sean los detalles⁴, *-ero* < *-āriu* y *-era* < *-āria* son dos sufijos mellizos de índole esencialmente denominal. Por otra parte, ya nos consta que *-ōriu*, en cualquier manifestación o disfraz mientras se trata de la fase latina de su evolución, seguía siendo netamente deverbial, agregándose con sorprendente regularidad al radical del participio pasado, así *MERIT-ōRIUS*, *VICT-ōRIA*, *DORMĪT-ōRIUM*⁵. Las dificultades más inquietantes arraian en la ocasional confusión de los dominios de estas dos clases, llegando

⁴ Sobre los nombres de agente en español (antiguo, moderno y dialectal) existe, desde luego, una abundante literatura, registrada en parte en la sección bibliográfica de la reciente monografía de BRENDA LACA: *Die Wortbildung als Grammatik des Wortschatzes; Untersuchungen zur spanischen Subjektnominalisierung* (Tübinger Beiträge zur Linguistik, 286; Tübingen, 1986). La propia autora se ocupa de matices semánticos como los de *lavadora* '(máquina que) lava' y *mandadero* '(el que) hace los mandados' y, lo que más viene al caso, traza la divisoria que separa *ahorrador* de *ahorrista*, *hablador* de *hablista*, *protestador* de *protestón* y *protestante*, *señalador* de *señalero*, *secador* de *secante* y *merecedor* de *meritorio* (págs. 197 y s.), cifándose al plano sincrónico. Véase mi reseña en *Kratylos*, 12 (1987), págs. 122-5.

⁵ En el nivel del latín clásico, *VICTŌRIA* (con base en *VICTŌRE* 'vencedor') y *MEMŌRIA* (que se apoyaba en el adjetivo *MĒMŌR*, -IS) no coincidían en lo tocante a la cantidad de la *o*. Pero en su papel de cultismos en español (*victoria*, *memoria*) o de "semicultismos" en francés (*victoire*, *mémoire*), estas dos voces siempre han corrido parejas, figurando en rima, etc.

a actuar *-orio* en formaciones inconfundiblemente denominales y terminando *-ero* por implantarse en voces decididamente deverbales.

Como si todo esto fuese poco, sobreviene, como otro obstáculo a una clasificación clara y rápida, la circunstancia de que el español, desde la época de su incubación, cuenta con un elevado número de nombres de agente en *-or* —descendientes directos o imitaciones de viejísimos prototipos en *-ōRE*—, los cuales, con el pasar del tiempo, han logrado romper la tradicional jerarquía que los unía a los participios pasados (*ĀCTOR*, *DĒFĒNSOR*, *FACTOR*, etc. —casi todos ellos conservados en los idiomas modernos a título de cultismos), estableciendo, por compensación, un enlace con el radical del infinitivo: *abridor*, a pesar de *abierto*; *revolvedor*, a despecho de *revuelto*; *hacedor*, por desafío a *hecho*; *decidor*, con pleno desentendimiento de *dicho*; *descubridor*, con total indiferencia hacia *descubierto*.

A fin de cuentas, se produjo un juego sutil entre a) un tipo esencialmente nominal: (*-ero* primario) y b) dos tipos básicamente verbales, pero dotados de afinidad muy desigual con el (variable) radical del verbo en cuestión: α) *-orio*, al que el desarrollo fonético empujaba en la dirección de *-uero* y, en la etapa subsiguiente, en la de *-ero* secundario; y β) *-or*. En el nivel de la forma, los tres elementos estaban caracterizados por ciertos rasgos típicos de notable constancia: 1) una *r* ora final de palabra, ora intervocálica; 2) el vocalismo *e/o*, con gradual olvido de diptongos como *ei* y *ue*; y, precediendo inmediatamente a la vocal tónica, 3) una consonante dental: con frecuencia una *d* cada vez más fricativa: *-dero*, *-d(u)ero*, *-dor*; a veces una *t* o una *s* (peculiaridad obligatoria solo en las dos variantes del caso de b). De haberse agregado a esta impresionante semejanza de forma cierta convergencia funcional o semántica, era de esperar que se produjesen varios contactos entre esos tres elementos, en un principio enteramente distintos.

IV

La historia semántico-funcional de *-ōRIU* ha sido objeto de investigación penetrante ya desde fines del siglo pasado. El hallazgo principal fue descubrir que el propio carácter del verbo subyacente ya predeterminaba en alto grado las posibilidades del desarrollo futuro. Mientras se trataba de un verbo transitivo era altamente probable que el derivado en *-ōRIUM* (con tal que llegasen a acuñarlo los hablantes o los escritores) designaría un instrumento. De los verbos intransitivos se extraían, de presentarse una ocasión favorable, nombres de lugar o, en alguno que otro caso privilegiado, los propios conceptos de la acción; es decir, los abstractos. En este respecto, no se produjo ningún cambio radical en las etapas posteriores de la evolución, ora

se tratara de un conducto de transmisión netamente oral, ora fueran librecas ("eruditas") las voces en cuestión.

Esporádicamente un nombre de lugar podía convertirse por todas partes, sin ningún obstáculo, en un nombre colectivo: si *CŌNSISTŌRIUM*, en latín (igual que *consistorio*, en español; *consistory*, en inglés, etc.) denota el lugar donde se reúne determinada asamblea, no hay óbice a que llegue a designar el conjunto de los miembros del grupo reunido. En la fase de transición, el contexto, en general, aclara el significado ⁶.

V

Al escudriñar el testimonio de los otros romances, nos permitiremos como único lujo la inspección de aquellos aspectos que adquieren particular relevancia en español, ora medieval ora moderno, para poder comparar —con la precaución que se impone— lo que se presta a la colación y luego sacar ciertas conclusiones de las coincidencias igual que de las discrepancias.

¿Qué es lo que nos enseña el testimonio del portugués? Encierran escaso interés los cultismos en *-(t)ório, -(t)ória*, ora se encuentren también en español (como *lavatório* y *palmatória*), ora —por mera casualidad— no se encuentren. Pero son decididamente notables las numerosas formaciones en *-(d)oiro, -(d)oira*, que pertenecen a la capa patrimonial del léxico: *achadoiro* 'lugar donde se encuentra algo', *ancoradoiro* 'anclaje', *bebedoiro* 'abrevadero', *cingidoiro* 'cinturón', *corredoiro* 'hipódromo, tío vivo', *lavadoiro* 'casucha para el lavado', *miradoiro* 'atalaya', *passadoiro* 'pasadera, estriberón', *poisadoiro* 'descansadero', *respiradoiro* 'respiradero', *suadoiro* 'medicina que provoca el sudor' (huelga instar en que son particularmente notables los

⁶ Para el estudio pormenorizado del sufijo en proyección latino-románica resulta aún hoy provechosa la consulta del trabajo de pioneros que realizaron, hace casi un siglo, dos latinistas norteamericanos en sus respectivas tesis de doctorado de Columbia University: FREDERIC TABER COOPER, *Word Formation in the Roman "sermo plebeius" ... with Special Reference to the Romance Languages*, Nueva York, 1895; y GEORGE N. OLCOTT, *Studies in the Word Formation of the Latin Inscriptions: Substantives and Adjectives, with Special Emphasis on the Latin "sermo vulgaris"*, Roma, 1898. En la primera de estas dos monografías se respaldó en lo sucesivo ERNST GAMILLSCHEG al redactar sus "Grundzüge der galloromanischen Wortbildung" (véase ante todo el § 16), que a su vez forma parte del libro *Beiträge zur romanischen Wortbildungslehre* que el autor y su antiguo compañero de estudios Leo Spitzer ofrecieron como homenaje a Meyer-Lübke (Bibl. dell' *Archivum Romanicum*, Serie II, t. 2; Ginebra, 1921). La monografía de GAMILLSCHEG adolece de la circunstancia de que el autor, quien en aquel entonces explicaba la cátedra de romanística en Innsbruck, no tenía a su alcance varios libros importantes; pero recompensa al lector por su excelente índice, que tiene el particular mérito de abarcar también con excepcional minuciosidad las voces latinas y los regionalismos franceses aducidos. Parece que el autor no se daba cuenta de que en varios respectos HANSSSEN, ya de principiante, se le había adelantado.

casos en que *-(d)oiro* corresponde al esp. *-(d)ero*, *-(d)era*); *dobadoira* 'devanadera'; *manjadoira* 'pesebre'. Tampoco faltan adjetivos de este tipo: *casadoiro* 'casadero', *compridoiro* 'cumplidero' (con un leve desvío en el plano semántico), *duradoiro* 'duradero', *segadoiro* 'segadero', *vividoiro* 'de larga vida', todos ellos con femeninos en *-oira*.

No ha de preocuparnos la alternancia, por lo visto secundaria, de *-oiro* y *-ouro*, ya que se trata de una complicación de clase enteramente local, que no cambia en absoluto el cuadro general. Lo que sí merece la atención es la existencia esporádica de variantes en *-(d)eiro*, *-(d)eira*, dotados del mismo significado; estoy convencido de que se trata de casos de infiltración tardía de voces leonesas o españolas, que borran el distingo —muy claro al comienzo— entre los descendientes primordiales de *-ōRIU* y *-ĀRIU* a lo largo de la costa atlántica⁷.

De descontarse, con el debido esmero, las clases de desarrollo secundario (es decir, por definición, posterior), es lícito afirmar que se ha mantenido bien en portugués —de todos modos, mejor que en español— la frontera que separa los dominios de *-(d)oiro* y *-eiro*, esencialmente denominal éste y deverbal aquél. No hemos citado ejemplos de *-eiro*, por lo comunes y por lo muy parecidos a sus equivalentes españoles, correspondiendo *sapateiro* a *zapatero*, etc. Pero nótese la alternancia de *-(d)or* en el masculino y *-(d)eira* en el femenino, uso que tenía un paralelo exacto en español antiguo: *-(d)or* frente a *-(d)era*; es decir, que coexisten en portugués los sufijos *-(d)oiro* y *-(d)eiro*, cuyos respectivos terrenos están demarcados con suficiente rigor: ambos son deverbales, pero *-(d)oiro* es casi siempre masculino y se refiere de costumbre al lugar o al instrumento, excepto cuando su función es puramente adjetival. Por el contrario, *-(d)eiro*, en el fondo, es sustantival y obligatoriamente femenino, evocando al agente: *bailadeira*, *dançadeira* frente a *baila-*, *dança-dor*.

Otra peculiaridad del portugués útil de llevar grabada en la memoria al

⁷ Con no brillar por ningún exceso de originalidad, la monografía de JOSEPH H. D. ALLEN, JR.: *Portuguese Word-Formation with Suffixes*, "Language Dissertation" No. 33, Suplemento al t. 17:2 (1941) de *Language*, trae varios ejemplos útiles y los imprescindibles datos bibliográficos; véanse los §§ 33-34, 86 y 113-4. El sólido artículo de JOSEPH M. PIEL, "A formação dos substantivos abstractos em português", *Biblos*, 16 (1940), págs. 209-37, no toma en cuenta *-(t)ório*, a pesar de haber prestado atención a varios sufijos eruditos (entre otros, *-ância*, *-ência*, *-ícia*, *-ismo*, *-tude*, *-umen*). Verdad es que *-(t)ório*, en sustantivos, se refiere las más veces a un lugar, un instrumento o una colectividad, observación que se aplica, p. ej., a *consistório*, *consultório*, *divisório* y otros muchos derivados por el estilo. Sin embargo, en un idioma que permite inclusive a *-adeira* (*brincadeira*) y a *-edo* (*brinquedo*, *folgado*) figurar en el contingente de los nombres de acción, sería de extrañar que faltasen por entero ejemplos de *-(t)ório* encargado de tal función. En efecto, han dejado huellas aisladas *diversório* 'diversión' e *interlocutório* 'despacho proferido no decurso de um pleito' (C. de Figueiredo), al lado de *exortatória* 'exhortación', para citar, casi al azar, unos pocos casos concretos.

reconstruir la concatenación de ciertos cambios que hubo de sufrir el español es que *-(d)or*, aun siendo capaz de formar adjetivos deverbales: *corredor*, *encobridor*, *engañador*, *sabedor*, *sofredor*, *suador*, *vencedor*, fundamentalmente se emplea igual que todos los descendientes de *-(T)ōRE* en el mundo románico, para designar agentes caracterizados por su actividad productiva (*brunidor*, *comprador*, *dobador*, etc.) o, secundariamente, por su actitud, comportamiento o mentalidad (*comprazedor*, *conhecedor*, *encobridor*, etc.). Resulta ajeno a la tradición portuguesa designar un lugar mediante *-(d)or*; por lo tanto, *comedor*, para atenerse a las definiciones del lexicógrafo C. de Figueiredo, equivale a 'o que come', 'o que come muito', 'comilão', 'perdulario', 'parasito'; a diferencia del uso español, no corresponde a 'sala de comer'. (Sí existe, al margen de la familia, *comed-ouro*, *-ouro*, adj. 'que é bom para ser comido'; sust. 'lugar ou vaso em que comem os animais').

De todas estas particularidades del portugués (en general conservadoras) ya tendremos ocasión de sacar conclusiones importantes en las etapas subsiguientes de nuestra encuesta.

Animémonos, ya a esta altura, a formular una pregunta que nos perseguirá a lo largo de esta pesquisa: ¿Cómo era posible, en medio del impresionante florecimiento del sufijo *-(d)oiro*, *-(d)oira*, netamente deverbales, que cuajasen, en portugués, formaciones como *bailad-eira*, *dançad-eira* (en lucha con otras, en *-ina*), también deverbales: 'mujer que danza', siendo *-eiro*, *-eira*, en general, un sufijo de inconfundible carácter denominal? Para reconciliar la realidad con la expectativa, parece que conviene elegir, como inmediatos puntos de partida, ni los respectivos infinitivos, ni menos los paradigmas de conjugación en su totalidad, sino las formas participiales en *-do*, *-da* y las gerundi(v)ales en *-ndo*, *-nda*, las cuales, por definición, están a caballo de los sistemas verbal y nominal. Es decir, para justificar *tecedeira* 'tejedora', *serzideira* 'zurcidora' o *fi(n)deira* 'hilandera', conviene postular como sus respectivas fuentes no los verbos *tecer* < *TEXERE* (modificado por influjo de los incoativos en *-ecer*), *serzir* < *SARCĪRE* o *fiar* < *FĪLĀRE*, sino los sustantivos, con base en el participio pasado o el gerundivo, *tecido* 'tejido', *serzido* 'zurcido' igual que *FĪLANDA* 'cuota, quizás diaria, de hilar' —formación paralela a *FAC(I)ENDA* 'cosas que están por hacer' > port. *fazenda*, esp. ant. *fazienda* (*hacienda* en lo moderno)⁸, con la diferencia de

⁸ *Fazendeiro*, que ha llegado a adquirir notable importancia en el portugués de ultramar, merece atención por referirse, a título de excepción, a un varón. Corresponde, en español clásico, a *afasendado*, que —con el enmudecimiento de la *h*— se ha contraído en *hacendado*, borrándose paulatinamente su contorno morfológico. Mientras *fiandeira* parece menos común en portugués de lo que es *hilandera* en español, *fazendeiro* frente a *afasendado* muestra la ocasional superioridad de la costa atlántica (y de sus antiguas colonias) en esta curiosa contienda.

que FĪLANDA, por lo visto, no ha sobrevivido excepto en sus brotes. (Sí continúan gozando de vida FĪLĀTU > port. *fiado* y esp. *hilado*, que a su vez dieron ímpetu a la formación de *fiadeira* y quizás la de *hiladora*.)

VI

Dejando a un lado ciertos problemas espinosos que, en el fondo, no conciernen más que al lusófilo⁹, podemos tratar de sacar provecho de la mole de materiales sardos acumulados y cernidos por Max L. Wagner¹⁰. De quedar eliminados de nuestro cálculo ciertas formaciones en *-óriu* —con la *o* cerrada— sugeridas por modelos italianos o españoles y, por lo tanto, no muy antiguas (p. ej. *aġġ-utóriu*, *-itório* 'ayuda', que refleja el v. it. *aiutorio*; *bivítóriu* 'víveres'; *fundóriu* 'base lógica' y *pessóriu* 'pensamiento'), nos sentimos alentados a fijarnos en los datos autóctonos. En esta categoría de derivados el sufijo adopta unas formas bastante variadas: *-or(d)-su*, *-orġu* (escrito antiguamente *-orgiu*) y aun *-ožu*, con los femeninos correspondientes: *-or(d)sa*, etc., quedando la *o*, de acuerdo con la estructura fonológica de este idioma, cerrada, como ya nos consta, en el masculino, pero abierta en el femenino. Tampoco faltan formaciones pseudo-eruditas en *-óriu* y *-ória*, p. ej. *acclaratóriu* 'claro' (en el bosque), *andatóriu* 'camino', *falatóriu* (convertido más tarde en *falađúodzū*) 'bajada, declive', etc., frente a *intratória* 'entrada'. De reorganizarse un poco la documentación amonto-

⁹ Uno de ellos, y quizás el más intrincado, es la alternancia, dentro del léxico portugués, de *amassadoura* y *amassadeira*, *resvaladouro* y *resvaladeira*, *varredoura* y *varredeira*, los cuales encajan en familias que corresponden, en español, a las de *amasar*, *resbalar* y *barrer*. No me parece muy convincente cuanto declaran, a propósito de estas formas, JULIÁN MÉNDEZ DOSUNA y CARMEN PENSADO en la pág. 191 de su reciente artículo: "Can Phonological Changes Really Have a Morphological Origin? The Case of Old Spanish *ie* > *i* and *ue* > *e*", *Diachronica*, 3:2 (1986), págs. 185-201, donde aluden a la proximidad semántica de los sufijos rivales *-eiro* y *-oiro/-ouro*. A mi modo de ver, es altamente probable que *-eiro* y su variante femenina *-eira*, en esta categoría de formaciones, no represente más que una adaptación a las condiciones locales de *-ero/-era* leoneses y castellanos. Aun de no haber sucedido tales préstamos, convendría definir con mayor exactitud —como se aspira a hacerlo aquí mismo— el cruce del *-deira* de *fia(n)deira*, *seasideira* con el tipo *-doiro/-doira* que presupone el carácter intrínsecamente deverbal de esas formaciones.

¹⁰ Con ser muy numerosos (para no decir innecesariamente copiosos) los ejemplos que trae WAGNER en su *Historische Wortbildungslehre des Sardischen*, Rom. Helv. 39, Berna, 1952, §§ 86 y, ante todo, 102-5, no llega a ofrecer un análisis verdaderamente penetrante, ni en el plano morfológico, ni en el semántico. Lo que su profundo conocimiento de la materia sí le permite llevar a cabo es la separación de formaciones auténticamente isleñas, algunas de ellas meras continuaciones en línea directa de prototipos heredados del latín, de préstamos pedidos al español o al italiano, en fecha posterior, y de imitaciones de tales préstamos.

nada medio caóticamente por Wagner, se reconocen las siguientes clases semántico-funcionales:

(a) Un exiguo grupo de formaciones adjetivales acuñadas ya en latín (alguna que otra vez hipotético) y conservadas en tal función primordial: ant. s. *sa pedra lampadorza* (proyección de *lampare* 'tirar'), *cosa* (*mercantia*) *mandicatorgia* —uso muy afín al de *-adero* y, sobre todo, *-adizo* en español;

(b) Otro grupo, algo mayor, que comprende sustantivos sardos extraídos —si consigo interpretar con acierto las intuiciones un tanto vagas de Wagner— de adjetivos latinos, trasluciéndose todavía alguna que otra vez, en lo semántico, la antigua función adjetival: (b) *okkisórdzu* (logud.), *oččidrožū* (campid.) 'lechoncillo' < *occīsōriū*, ant. s. *viçatorgiu* y, en lo moderno, *bidzadórdzu* (logud.), *billadrožū* (campid.) 'vela(da)' < **VIGILĀTŌRIU*. Aluden los derivados de esta clase:

(α) ora a un lugar asociado con una actividad habitual: *abbadórdzu* (logud.), *akwadróžū* (campid.) 'aguadero, abrevadero'; *kenadórdzu* (logud.), *-dróžū* (campid.) 'lugar donde se cena'; (β) ora a un instrumento: *iskattadórdza* (logud.) 'palo para aplastar terrones'; *sonórdza* (logud.) 'sonaja'; (γ) ora a un momento preciso en la alternancia diaria de la luz y la oscuridad: *iskuriyadórdzu* (logud.), *skuriyadróžū* (campid.) 'puesta del sol', *merjadórdzu* (logud.) 'mediodía' —categoría que se asemeja bastante al tipo *amanecer, atardecer, anochecer* del español; y (δ), ora a una ocasión particular, con la atención del hablante fijada en el lugar igual que en la hora del suceso: *tusórdzu* 'lugar y hora del esquileo', *kenadórdzu* 'lugar y hora de la comida'; dicho de otro modo, (δ) representa, hasta cierto punto, una combinación de (α) y (γ).

En cuanto atañe al ámbito del representante local del sufijo *-(T)OR*, se trata en sardo, una vez que quedan sustraídas ciertas voces pedidas prestadas al catalán, al español y al italiano, (a) básicamente de nombres de agentes en sentido amplio (es decir, no solo de artífices de determinados objetos), p. ej. *settsidóri* (*de gwaddus*) 'cabalgador, jinete', *bi(i)δore* (campid.) 'bebedor'; (b) en segundo lugar, de nombres de instrumentos que reemplazan hasta cierto punto al obrero encargado de algún trabajo concreto: *suladóre*, *-i* 'fuelle', lit. 'soplador'.

Conviene hacer hincapié en la capital importancia del testimonio positivo o negativo del sardo (ante todo, del núcleo del léxico de los isleños): a través de la impresión superficial de una multiplicidad de variantes se vislumbra lo primitivo y tradicional de la estructura fundamental. Muy notable, en particular, la falta absoluta del tipo *comedor* 'sala de comer' y de cualquier contacto —tan inquietante para el historiador del español— de los respectivos productos de *-(T)ĀRIUS* y *-(T)ŌRIUS*. El sardo supera en cuanto a la arcaicidad de sus resultados el propio portugués, advirtiendo al

hispanista de lo arriesgado de cualquier tentativa de atribuir a una fuente común ("latín vulgar") todo lo que está presente en español, pero ausente del sardo.

VII

Como el sistema de sufijos de derivación que luce el provenzal de ordinario sobrepasa en sencillez y claridad las correspondientes normas del francés antiguo, iniciaremos la discusión del sector galorrománico echando una mirada al inventario preparado, ya hace exactamente tres cuartos de siglo, por Edward C. Adams¹¹. Por desgracia, el anhelo ideal de simetría y simplicidad no ha de asomarse.

El autor reserva un puesto aparte a la media docena de formaciones en *-oira* no precedida de una *d* (carentes de cualquier paralelo en el contingente de masculinos); se refieren a todas clases de vasijas y herramientas: *esclauz-oira* 'compuerta de presa', *espars-oira* 'rociadera de agua bendita', *fich-oira* 'anzuelo de tres puntas', *fos-oira* 'terreno que se deja cavar en un solo día', *mols-oira* 'ordeñadero'. Apenas causa sorpresa el que también hayan surgido voces en *-adoira*, *-edoira* e *-idoira*, haciendo eco a *-TÖRIA* precedido de la respectiva vocal temática: *dolad-oira* 'doladera', *falcad-oira* 'instrumento para la siega', *podad-oira* 'podadera', frente a *estrenhed-oira* 'tornillo'; pero sí tuvo repercusiones el menos previsible hecho de que los masculinos correspondientes hayan terminado en *-ador*, *-edor* e *-idor* (a pesar de *VARIU > vair*): *calf-ador* 'caldera', *mir-ador* 'espejo', *escorr-edor* 'escurridero', *pestr-idor* 'amasador'. Cualesquiera que fuesen las circunstancias fonéticas de asimetría tan chocante¹², la inmediata consecuencia fue la total homonimia de

¹¹ Se trata de la elaboración de su tesis de doctorado de Harvard, *Word-Formation in Provençal*, New York, 1913; en particular, de las págs. 36-57, 280-6. Aun de admitirse la casi inagotable riqueza de la documentación, conviene señalar la flojedad del análisis. Al examinar la procedencia de *clincador* 'calafate', ¡falta poco para que el autor declare esa voz un batavismo neto!

¹² El propio O. SCHULTZ-GORA, *Altprovenalisches Elementarbuch*, 2.^a ed. revisada, Heidelberg, 1911, § 90, parece no haber comprendido la ley que dictaba la conservación de la *r* mojada en la proximidad de la *a* (de ahí *vair*), pero su pérdida en otro ambiente. Muy útil, por otra parte, son las observaciones del mismo autor sobre la transformación de *-ĒRIUM* en *-ier* (§ 157) y sobre *lav-ador* 'jofaina', *mir-ador* 'espejo' y, ante todo, *obr-ador* 'taller' como ecos de *dorm-idor* 'alcoba' < *DORM-ĪTÖRIU*, *cobert-or* 'cubierta de cama' < *COOPERT-ÖRIU* y *ras-or* 'afeitadera' < *RĀSÖRIU* (§ 158).

Quizás SCHULTZ-GORA no subrayó lo bastante la relativa intolerancia del provenzal por la convivencia de variantes cultas y patrimoniales de los mismos sufijos heredados del latín; así, *-ansa* < *-ANTIA* corresponde, en español y portugués, a *-ança* (*-ansa*) al lado de *-ancia*. De conformidad con esta tendencia no se produjo ninguna bifurcación de *-(T)ÖRIU* en dos ramos en la antigua Occitania, a diferencia de cuanto sucedió en

los productos de *-ĀTŌRE* y *-ĀTŌRIU*, *-ĒTŌRE* y *-ĒTŌRIU*, *-ĪTŌRE* e *-ĪTŌRIU*. La paradoja radica en que *-ador₁*, como fiel reflejo de *-ĀTŌRE* (es decir, de un nombre de agente), tendía a asumir una función activa, mientras *-ador₂*, en su papel de continuador directo de *-ĀTŌRIU*, ante todo en función adjetival, adoptaba con la misma espontaneidad un matiz ora neutro, ora pasivo; lo mismo valía, desde luego, para *-edor* e *-idor*. Así se oponen —pero solo en el nivel de su función, no por su forma, (a) *guerrejador* 'guerreador, guerrero' y *navejador* 'navegante' a (b) *durador* 'duradero', *venidor* 'venidero', aliados íntimamente estos últimos a *blasmador* 'culpable' y *pagador* 'pagable'. Complican las peripecias de *-(T)ŌRIU* en provenzal antiguo varios procesos que coincidieron con determinadas fases de su desarrollo, entre otros la total separación de las vicisitudes (también difíciles de explicar) de *-ĀRIU* > *-ier₁*, a consecuencia de presiones externas; la génesis y abundante representación de *-ier₂*, extraído de *-ĒRIU* (por falsa separación de *DĒSIDERIU*, etc.): *alegr-ier* 'alegría', *caitiv-ier* 'misericordia', *pess-ier* 'pensamiento'; el florecimiento de un tipo aparte en *-dritz* < *-TRĪCE* para el nombre de agente femenino, posibilidad morfológica ingeniosamente explotada por los trovadores del Mediodía de Francia: *defende-ritz* 'defensora', *engenei-ritz* 'engendradora', *escarpei-ritz* 'cardadora', *mentei-ritz* 'mentirosa', *ordei-ritz* 'tejedora', *poserei-ritz* 'posesora' y otras voces por el estilo, a veces inventadas impulsivamente¹³.

Las conclusiones que puede permitirse sacar el hispanista de todo este matorral de detalles son, en rigor, dos: primero, el sufijo *-(T)ŌRIU*, tan profusamente representado en latín tardío (ya escrito, ya oral), adolecía de la tendencia de los hablantes de confundirlo con otros morfemas, variando los roces de una región para otra: el descendiente de *-TŌRE* en el sur de Francia, el heredero de *-ĀRIU*, *-ĀRIA* en España; luego, con el descubrimiento de *mirador* 'atalaya', cuyo sufijo se remonta a *-ĀTŌRIU* y de ninguna manera a *-ĀTŌRE*, hemos tropezado por primera vez con un modelo aceptable para el misterioso patrón *cen-ador*, *mir-ador*, *com-edor* en español. ¿Se tratará, por acaso, de un provenzalismo?

La Rioja. El lector encontrará un examen pormenorizado de este aspecto del problema en mi monografía de principiante, *Development of the Latin Suffixes "-antia" and "-entia" in the Romance Languages, with Special Regard to Ibero-Romance*, Univ. of California Publ. in Linguistics, t. 1:4 (1945), págs. 41-188, esp. 53-56 y 163.

¹³ No cabe duda de que la existencia de tales femeninos semiautónomos igual que la perduración de dos casos (nom. en *-aire*, obl. en *-ador*, etc.) en lo que toca a los nombres de agente redujo considerablemente el margen de cualquier equívoco debido a la homonimia.

VIII

La literatura sobre las fortunas del sufijo en cuestión en francés —medieval y moderno, escrito y coloquial— ha pasado a ser tan extensa¹⁴ que sólo podemos seleccionar unos pocos de los numerosos problemas que suscitan, volviendo a ser el criterio de la selección la luz que tales datos y su interpretación proyectan, directamente o de soslayo, sobre el rumbo que siguió en español¹⁵. Coexisten la variante masculina, copiosamente representada, la cual abarca muchas formaciones deverbales (*abreuv-oir* 'aguardero', *arros-oir* 'rociadera') y unas cuantas denominales, de abolengo no muy remoto (*bouge-oir* 'palmatoria de alcoba', *peign-oir* 'bata'); y la femenina, que ostenta un desarrollo más modesto, figurando en voces preferentemente técnicas (*affil-oire* 'afiladera, aguzadera', *attrap-oire* 'agarradora', *balanç-oire* 'columpio'). Los masculinos en *-oir* designan ora un lugar (*abatt-oir* 'matadero', *boud-oir* 'tocador', *compt-oir* 'contador, mostrador'), ora un instrumento (*assomm-oir* 'hachuela de mano, hachiporra', *mir-oir* 'espejo', *mouch-oir* 'pañuelo'); rompiendo con la norma de la simetría, los femeninos en *-oire* no se refieren más que a herramientas, máquinas, etc. (*écumoire* 'espumadera', *nage-oire* 'aleta [del pez]'), siendo bastante excepcional el caso de *baign-oire* 'bañ(ad)era', que ha llegado a evocar una imagen local más bien que instrumental.

Pero además, y en un principio a buen seguro a cierta distancia del sector central del léxico, *-oire*, a través de la importante forma de transición *-orie*, correspondía en la capa de los cultismos a *-ōRIUM* igual que *-ōRIA* y, por lo tanto, figuraba en sustantivos masculinos igual que femeninos; de ahí que la serie (*un*) *ciboire* 'ciborio', (*un*) *conservatoire* 'conservatorio', (*un*) *consistoire* 'consistorio', (*un*) *interrogatoire* 'interrogatorio' se oponga a *histoire*, *mémoire*, dos voces de aspecto parecido, y a *victoire*, en lo que concierne al género. Tal estado de cosas no pudo menos de causar, de vez en cuando, confusiones, agravadas por la paulatina interpenetración de voces patrimoniales y cultas. Así se produjo cierto titubeo entre el uso masculino y el femenino en los casos bien descritos ya hace largo tiempo en manuales

¹⁴ A los tratados ya familiares de MEYER-LÜBKE y de GAMILLSCHEG (y a varios estudios satélites) conviene agregar el t. 3: *Formation des mots*, Copenhague, etc., 1908, de KRISTOFFER NYROP, *Grammaire historique de la langue française*, en 6 tomos; véanse en particular los §§ 275-8, 696.

¹⁵ Por lo tanto, se hace caso omiso aquí de la gradual reducción de *-e(d)oir* a *-oir*; de la ocasional confusión de las desinencias *-oi(r)* y *-oi(s)*; de la reaparición de la dental en cultismos (*conseru-at-oire*); de ciertos efectos de la síncope radical, como en el caso chocante de *dor-t-oir* > *DORMIT-ōRIU*; y de otros fenómenos observados al margen de la corriente central, con tal que sean de escaso provecho para la labor del comparatista.

y monografías relevantes, de *armoire*, *auditoire*, *écrit-oire*, *écum-oire*, *interrogat-oire*, *monit-oire*, *orat-oire*, con reverberaciones secundarias en el vaivén entre los dos géneros en las biografías de *vict-oire* y, por extensión, las de *hist-oire* e *iv-oire* 'marfil', sin que estas últimas formaciones estén relacionadas con *-(T)ŌRIA* en el nivel etimológico ¹⁶

No causa sorpresa que el ámbito del sufijo, tal como lo absorbió el francés ya en su fase medieval, esté más adelantado que el de sus congéneres, dadas ciertas circunstancias particulares del desarrollo (p. ej., la caída de la dental precedente). En territorio francés, queda superado en absoluto el uso adjetival tan característico del latín. Llama la atención el mutuo acercamiento, en dos etapas, de las variantes patrimonial y culta, siempre a favor de aquella: primero, cuando *-orie* se convierte en *-oire*, mediante una metátesis; varios siglos más tarde, cuando, a raíz del enmudecimiento de la *-e* y la consiguiente pérdida de una sílaba, las grafías *-oir* y *-oire* pasan a corresponder a una sola pronunciación, a saber, /war/. Para nuestra crónica de las peripecias del tipo español *com-edor* 'sala de comer', *mir-ador* 'atalaya', con inequívoca alusión al lugar, no deja de ser útil repasar en el hecho de que en francés *-eur* (en lo antiguo, *-our* < *-eour*) nunca se ha empleado en tal sentido, prestando excelentes servicios, por el contrario, para la derivación de nombres de agente, que huelga documentar. Por otra parte, *-oir*, como ya nos consta, sí se refería repetidas veces al lugar en textos medievales y, por lo demás, continúa refiriéndose a él en lo actual; merece subrayarse, en este contexto, el hecho de que *-oir*, en su etapa inicial, todavía se pronunciaba /oʔ/ > /ojr/.

IX

Los materiales proporcionados por los demás brotes del latín hablado ya no merecen atención tan concentrada, por lo menos desde nuestro particular punto de observación, con una sola excepción. En italiano, el estrecho enlace de *-ĀRIU* y *-ŌRIU* ¹⁷, borrado en varias lenguas afines por la aludida idiosin-

¹⁶ Nótese que el inglés, como sucede con frecuencia, sacó provecho del previo desarrollo zigzagueante del francés, terminando por adoptar la forma bisílaba *-ory* como único equivalente de *-oir* y *-oire* (p. ej., *consist-ory*, *orat-ory*), pero extendiéndola a adjetivos, sin duda bajo la presión de estimables modelos latinos: *audit-ory*, *introduct-ory*, *mandat-ory*, *obligat-ory*, *sens-ory*. Por añadidura, consagró ya a título de latinismos puros (pero sin que llegasen a ser extranjerismos), varias formaciones sustantivales en *-orium*, como *audit-orium*, esquema que reaparece en alemán académico o jurídico: *Kurat-orium*.

¹⁷ Para evitar cualquier exceso de documentación, me respaldo en lo que sigue casi exclusivamente en los §§ 1075 y 1117 de GERHARD ROHLFS, *Historische Grammatik der italienischen Sprache*, t. 3: *Syntax und Wortbildung*, Berna, 1954.

crasia del desarrollo $\bar{A}RIU > -ier$, se manifiesta en el perfecto paralelismo de las bifurcaciones, de índole regional, $-aio/-aro$ y $-oio/-oro$, quedando $-aio$ y $-oio$, con la previsible caída de la /r/, característicos del toscano y de los dialectos colindantes, y tendiendo $-aro$ y $-oro$ a transformarse en $-aru$ y $-oru$ en el resto del país. A todos ellos se les ve acompañados de las correspondientes formaciones femeninas. Pero además existen variantes cultas, $-orio$ y $-oria$ (otra vez, igual que $-ario$ y $-aria$), siendo el rasgo más notable no la mera coexistencia, sino la —bastante común— interpenetración de las dos capas, que así llegan a estar yuxtapuestas. De tal manera están a la disposición del hablante $-orio$ y, con menor frecuencia, $-oria$ para señalar el lugar y el instrumento, dejándose combinar en ambos casos con radicales de aspecto ya culto, ya patrimonial. Es decir, prestan en el fondo los mismos servicios *dormit-orio* y *vend-it-orio*, los cuales no se alejan de sus respectivos prototipos latinos, que *cooper-t-orio* y *ud-it-orio*, ya alejados algo más, y que *mangi-at-orio*, galicismo transparente; y así, en el lombardo de Milán, corresponden *scaldatori*, *sciürtatori* y *scappatoria* a *scaldatoio* ora 'instrumento para calentar', 'calefacción' ora 'lugar calentado', *scorciatoio* 'atajo' y *scappatoia* 'subterfugio, escapatoria'. Por otra parte, coexisten *copertoia* 'tapa(dera) de barro' y *copertoio* 'alfombra grande' con *copertorio* y, desde luego, con el comunísimo *copertura* 'envoltura'. Esperemos que el mismo individuo no se vea forzado a usar voces de apariencia tan semejante¹⁸.

Otra peculiaridad del italiano es la perduración de unos cuantos adjetivos en $-oio$. Rohlfs aduce (*bestia*) *caricatoia* 'bestia de carga' frente a (*bestia*) *servatoia* 'bestia de consumo'; además, *cottoio* 'fácil de cocer' y (*ponte*) *levatoio* 'puente levadizo'. Aun de tratarse de meros vestigios —arcaísmos conservados en fórmulas fijas—, despiertan interés por faltar cualquier equivalente en galorrománico¹⁹. Los cultismos adjetivales en $-orio$, como *notorio* y *perentorio*, continúan siguiendo un rumbo aparte.

Para designar al agente femenino, el italiano recurre ora a $-trice$ (siempre correcto en el nivel literario: *filatrice*), ora al menos pretencioso $-atora$: *filatora*, *pesatora*, tipo que se apoya en *sarta* 'sastra, costurera' igual que en formaciones denominales, a la manera de *camiciaia* 'camisera'. Es curioso que en Piamonte $-oi(r)a < -\bar{O}RIA$, por lo común precedido de una conso-

¹⁸ De los ejemplos que cita ROHLFS sin más, quizás por el apresuramiento con que redactaba su gramática, alguno que otro no figura aun en los diccionarios mejor puestos al día, p. ej. el de BARBARA REYNOLDS. Ignoro si se trata de regionalismos o de voces anticuadas o de formaciones propias de la predilección personal de determinado autor.

¹⁹ Todo lo cual nos trae a la memoria el enorme provecho que hubiera sacado GEORG COHN de haber basado su benemérita obra *Die Suffixwandlungen im Vulgärlatein und im vorliterarischen Französisch nach ihren Spuren im Neufranzösischen*, Halle, 1891, en una lengua más conservadora que el francés.

nante, desempeñe ese papel; testigos *camis-oira*, *fil-oira*, *pesad-oira*, *sart-oira*. Dicho de otro modo, *-oi(r)a* se ha infiltrado aquí en un pequeño intersticio del sistema, a diferencia de lo que sucedió en portugués y en español antiguo, donde *-ade(i)ra*, en condiciones que ya nos son familiares, echó atrás *-adoira/-aduera*.

En la zona meridional de la Península (Nápoles, Calabria) no escasean formaciones —al parecer, humorísticas— en *-(t)orio*, *-(t)oria* comparables a unos abstractos verbales de matiz iterativo, como *abbracci-atorio* 'abrazos continuos', *accid-etorio* 'gran matanza', *fracass-atorio* 'ruido continuo de una rotura violenta', *scann-atorio* 'degolladero, carnicería'; *gabb-atoria* 'trampa, emboscada'. Se ha señalado alguna que otra huella de este tipo también en italiano standard, p. ej. *mangiatoria* como sinónimo de *mangeria* 'el comer en demasía', fig. 'estafa'²⁰. Dada la existencia de formaciones como *cas-orio* 'casamiento apresurado', *escap-at-oria* 'subterfugio' también en español, surge el problema de si se trata de una irradiación, con base en algunos préstamos, o de la situación de identidad o parentesco estrecho (hispanorrománico = italiano meridional) que se remonta a la Antigüedad, como en el caso clásico de *MĒCUM* 'conmigo', etc.²¹.

En el sur extremo del país (Sicilia y Calabria) se ha producido repetidas veces una confusión de los productos de *-ture* (= tosc. *-tore*) y *-turu* (= tosc. *-toio*): "offenbar infolge einer Verwechslung", como define ese proceso Rohlfs en el § 1146 de su gramática, sin estar en condiciones de citar un solo ejemplo antiguo. Con oponerse el sic. *culaturi* al tosc. *colatoio*, el sic. *lavaturi* al tosc. *lavatoio*, el cal. *ballaturi* al tosc. *ballatoio* y el cal. *cacaturi* al tosc. *cacatoio* queda bien circunscrito el ámbito de la confusión local con *-turu*. Nótese que *-túre* < *-(T)ōRE* y *-túru* < *-(T)ōRIU* tienen la misma vocal tónica, circunstancia que distingue y separa irremediabilmente este caso del que tanta importancia adquiere para el hispanista: *-dor* (como en *comedor*) = *-dero*.

²⁰ El otro ejemplo aducido por ROHLFS es poco feliz, ya que en *oratoria* se trata de una compresión de (ARS) *ōRĀTōRIA*, en tono *latinizante*, y no de un abstracto de *orare*, verbo que —por lo demás— sufrió un radical desvío semántico.

²¹ Con no haber sido —a la luz de la extensa reseña de JUAN COROMINAS— una fuente de irreprochable corrección, no deja de ser notable que el libro de J. H. TERLINGEN, *Los italianismos en español, desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVII*, Amsterdam, 1943, no cite en su registro alfabético (págs. 390-5) una sola voz española en *-orio* u *-oria* que, a su modo de ver, sea de procedencia italiana.

X

Con esto podemos dejar atrás las lenguas congéneres extrapeninsulares²², mientras sigamos teniendo en cuenta los previos hallazgos. El primer problema netamente español que ha de resultarnos más fácil acometer con los conocimientos recién adquiridos es el de los sustantivos en *-dor* que no se refieren al agente. Desde luego, tendremos que tachar de lamentable desliz la torpe formulación de Hanssen (*Gramática*, § 328): “Estos nombres pueden señalar objetos”, sirviéndole de ejemplos *pasador* y *prendedor*, igual que *comedor* y *mirador*: una galería o una sala no representa un objeto. Con mayor acierto procedió, a los pocos años, Alemany Bolufer (*Tratado*, § 54), distinguiendo dos estados de cosas nada confundibles: según él, tales formaciones designan o “el agente y también el instrumento, significación esta última derivada de aquélla” (testigos *cogedor*, *pasador*, *prendedor*); o “el agente o el lugar” (sirviéndole de ejemplos *comedor*, *corredor*, *partidor*). Lo notable es que el autor reconoció una auténtica conexión en el caso de la primera categoría, pero la negó, por lo menos por su silencio calculado, en el de la segunda.

Sin embargo, tampoco este planteo del problema satisface por entero. Para comenzar, hay casos (por cierto, no muy numerosos) en que un solo derivado puede aludir ora al instrumento, ora al lugar. Así, *contador*, según la Academia²³, designa, de acuerdo con el contexto, ya el ‘aparato que sirve para llevar cuenta del número de las revoluciones de una rueda’, ya la ‘mesa de madera que suelen tener los cambistas y mercaderes’, lo cual nos lleva, en una etapa posterior, a una ‘especie de escritorio o papelera con varias gabetas’. Además, parece lógico, en nuestra época de tecnología avanzada, en que las máquinas a cada paso reemplazan al artesano u obrero, que ciertos grupos de derivados hayan seguido el mismo rumbo; pero la ecuación “trabajador humano (o animal)” = “mecanismo” estaba mucho menos presente

²² Esto no significa que el caudal de formas relevantes que encierra el léxico rumano, retorrománico y piamontés carezca de interés; todo lo contrario. De la síntesis que ofrece MEYER-LÜBKE, *GRS*, t. 2, § 491, se infiere que en rumano no sobrevive más que el f. *-toare* que designa, en escala impresionante, una gran variedad de “objetos”, mejor dicho, de instrumentos y lugares; además, de abstractos con base en verbos, así como de colectivos. Para nombres de personas, principalmente de varones llamados a desempeñar el papel de agentes, sirve una coalescencia de *-(τ)ōRE* y *-(τ)ōRIU*. La forma del neutro latino es la que triunfó en el sector rético del cantón de Graubünden (Suiza), sin que falten ejemplos del femenino. En el cantón de Vaud y en Piamonte, corren parejas los descendientes de *-(τ)ōRE* (m.) y *-(τ)ōRIA* (f.); una variante de este último tiende a reemplazar *-(τ)ŪRA* —proceso inaudito en iberorrománico, que no tolera ninguna confusión de agentes y acciones (o de resultados de sucesos).

²³ En lo que sigue, me apoyo para las glosas en el diccionario de la Academia, permitiéndome abreviar unas cuantas definiciones, cuando rayan en descripciones.

a los hablantes del pasado próximo o remoto. Lo que sí se deja sacar en limpio del examen de Alemany Bolufer es que la extensión semántica 'agente' > 'instrumento' no deja de ser posible (sin llegar a ser obligatoria), mientras que, a bien mirar, no se reconoce ningún enlace entre el nombre del agente y el del lugar.

Sentada así la base del análisis, examinemos con mayor detenimiento algunas designaciones del lugar de determinada acción o actividad:

aparador 'mueble donde se guarda o contiene lo necesario para el servicio de la mesa', 'mesa junto al altar', 'taller de un artífice' (*estar de aparador una mujer* 'estar muy compuesta'); *comedor* 'aposento destinado en las casas para comer', 'establecimiento destinado para servir comidas'; *corredor* 'galería que corre alrededor del patio de algunas casas', 'pasillo'; *mirador* 'corredor, galería, pabellón o terrado para explayar la vista', 'balcón cerrado de cristales o persianas'; *obrador* 'taller de obras manuales'. Además, *cenador* (en reñida contienda con *-adero*) 'espacio, comúnmente redondo, que suele haber en los jardines', 'galería que hay en la planta baja de algunas casas de Granada'; sobre *probador* véase más abajo, n. 27.

En unos pocos casos, es lícito dudar de si los hablantes aluden a un lugar o a un instrumento; se percibe una nota semántica intermedia en lo que toca a *cogedor* 'cajón de madera con un mango por detrás que sirve para recoger la basura'²⁴.

Las formaciones de este tipo están lejos de ser numerosas, o por lo menos rara vez asomaban a la superficie en los escritos —ora didácticos, ora literarios— del Siglo de Oro²⁵. Razón tienen Alvar y Pottier al obser-

²⁴ Por el contrario, resulta muy claro el acento que cae sobre el matiz semántico de 'herramienta' en las formaciones siguientes: *partidor* 'instrumento para partir una cosa, rompiéndola'; *pasador* 'cierto género de flecha o saeta', 'barreta de hierro sujeta con grapas a una hoja de puerta o ventana, o una tapa'; 'aguja grande de metal que usan las mujeres para sujetar el pelo recogido'; *prendedor* 'instrumento para prender papeles'.

²⁵ Me baso en el inventario de las primeras cien páginas de FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *Dos mil quinientas voces castizas...*, Madrid, 1922, que no traen un solo ejemplo del tipo *com-edor*, *mir-ador*, mientras pululan un sinnúmero de formaciones raras entresacadas de los autores clásicos (y de sus contemporáneos de talla menor). Nótese, en particular, unas cuantas designaciones de instrumentos en *-(d)era*, como *cogedera* 'cogedora', es decir, 'varilla de madera o de hierro', 'palo largo terminado por varios hierros curvos' (Juan de Mal Lara); las designaciones de agentes masculinos, quedando agregado *-ero* a un sustantivo en *-ado*, *-ada*, como *cañadero* 'alcalde de mesta' (Juan Sorapán de Rieros); las de lugar producidas mediante el sufijo *-(d)ero*, según se ve en *aguardadero* (Luis Barahona de Soto) y en *apoyadero* (*Romancero general*); siendo notable *as(s)entadero* (Luis Lobera de Ávila) porque continúa empleándose en pleno siglo xx en andaluz, y mereciendo interés *asagadero* (*de ganado*) porque Barahona de Soto lo prefirió a *asagador* 'senda, sendero'; alusiones a mujeres, en contexto rigurosamente sustantival: *bayladera* 'bailadora', *tañadera* 'tocadora de instrumentos de mú-

var que no solo alternan a veces, en la actualidad, derivados en *-adero* y *-atorio*, *-idero* e *-itorio* (*Morfología histórica*, § 305), con un mínimo de diferenciación semántica, sino que además está atestiguado el titubeo entre *-or* y *-ero* (precedidos de *-ad-*, *-ed-*, *-id-*), otra vez con la casi inevitable polarización de significado, si bien siempre dentro del marco del valor locativo. Así *lav-ad-or* 'lugar donde se lava' se opone a *lav-ad-ero*; *com-ed-or* 'habitación en la que se come' muestra el imprescindible contraste con *com-ed-ero* 'cajón donde comen los animales'; *pu-dr-id-or* 'pila donde se ponen los trapos que se van a convertir en papel' no coincide ni mucho menos con *pu-dr-id-ero* 'sitio donde se pone una cosa para que se pudra'. Siendo enteramente transparentes, para el historiador del idioma, los tipos rivales en *-orio* y *-ero*, patrimonial éste y culto aquél, pero amarrados ambos al mismo esquema latino (*-ōRIU*), queda por explicar el extraño paralelismo con *-or*, sufijo que a primera vista parece reflejar, con extraña fidelidad, el prototipo en *-ōRE*, el cual, sin embargo, en absoluto se prestaba para tales servicios. Complica la situación, ya embrollada de por sí, el hecho de que al portugués y al sardo, como ya nos consta, les falta por completo un equivalente de *-ador* (y variantes) en función local.

Así surge la sospecha de que el núcleo de este grupo abarcaba préstamos adaptados secundariamente a los —mucho más numerosos— nombres de agente en *-ador*, *-edor*, *-idor*, los cuales pertenecían a la base patrimonial del idioma, o a extensiones posteriores de la tal base. La prestigiosa lengua hermana a que podían pedir prestadas tales voces las clases privilegiadas de la antigua sociedad española era, en primer lugar, el provenzal, que en efecto lucía formaciones como *mir-ador*, tomadas en sentido local; en parecidos contextos, *-(ad)or*, gracias a una correspondencia fonética regular, descendía de *-(ĀT)ōRIU*, y no de *-(ĀT)ōRE*, con lo cual quedaba restaurado el ámbito funcional del sufijo. Por añadidura, no es inconcebible que la presión del francés medieval haya reforzado ese transvaso. De tomarse en cuenta que el sufijo de *conteoir* (que hoy día se usa con la grafía historicista *comptoir*) se pronunciaba todavía [ojr] y no [war], lo que confirma el galicismo alemán *Kontor* 'oficina', parece verosímil que ese elemento *-oir*, claro descendiente de *-ōRIU*, podía asociarse en español antiguo con *-(ad)or*, etc. Nótese que el inglés, cuyo léxico sufrió un influjo tan poderoso del francés septentrional en las postrimerías de la Edad Media, muestra la misma ambigüedad: *count-er*, *din-er* designan ya al agente, ya el lugar, siendo los verbos subyacentes *count* y *dine* de origen francés y correspondiendo *-er* sea a *-or*, *-eur* (*-ōRE*), sea a *-oir* (*-ōRIUM*). El ruso *kontóra* podría representar una

sica' (Fray Juan de Pineda, Fray Domingo Fernández Navarrete) o en contexto adjetival, que en lo actual exige el uso de *-(d)ora*: "Aveja muy ingeniosa e *allegadera*" (Fray Francisco de Osuna). Sobre esta sustitución véase más abajo.

adaptación tardía del al. *Kontor*, con un cambio de género y de desinencia perfectamente comprensibles.

En resumen: la hipótesis por la cual se aboga aquí de que el tipo *mir-ador, com-edor*, a pesar de su apariencia patrimonial y de su innegable entronque con el auténtico "nomen agentis" *habl-ador, beb-edor*, etc., presupone, en el fondo, la adopción secundaria de un modelo transpirenaico descansa en la coincidencia de varias consideraciones. Aun si ninguna de ellas, de por sí, puede declararse irrefutable, el conjunto no deja de ser contundente:

- 1) *-ador*, etc. representan el desarrollo normal de *-ĀTŌRIUM* en provenzal;
- 2) faltan ejemplos de que el nombre del agente, en ambiente románico, se convierta en la designación de un lugar;
- 3) no escasean palabras concretas (como *mir-ador*) que pudieron facilitar el trasvaso;
- 4) dadas la afinidad mutua de *-ĀRIU* y *-ŌRIU* y la abundante representación de *-er, -el* (*Oliver, bajel, doncel*, etc.) como huellas de la transmisión de aquél por conductos galorrománicos, sería de extrañar que faltasen por completo vestigios de la penetración de éste a través del provenzal y del francés medievales;
- 5) en vista de la relación, transparente y enteramente normal, de *-ĀTŌRIU* y *-adero*, etc., el itinerario de *-ador* ha de ser complicado;
- 6) de tomarse en cuenta el hecho de que el diptongo *oi*, en francés antiguo, estaba muy lejos aún de realizarse como */wa/*, resulta menos chocante la identificación secundaria de *-oir*, en préstamos, con *-ador*, etc.; adquiere doble importancia, en tal contexto, la sospecha de que *rincón*, en español antiguo *re(n)cón*, representaba un reflejo del francés medieval *recoin*, compuesto de *coin*²⁶;
- 7) la falta de un esquema portugués comparable, en lo semántico, a

²⁶ No es éste, por lo visto, el lugar más oportuno para cualquier detenido examen de problema tan embrollado como el origen de *rincón* (esp. ant. *rencón, rancón*, frente a *reconciello*, relacionados todos ellos con el cat. *racó*). Las opiniones de los etimologistas siguen divergiendo sobre este asunto. Hice constar, con toda brevedad, mi propia conjetura, que me propongo desarrollar en otra ocasión, con motivo de un trabajo de sesgo muy distinto: "Six Categories of Nasal Epenthesis: Their Place in the Evolution from Latin into Romance", *Proceedings of the Tenth Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society* (1984), págs. 27-46; véase la pág. 40. No hay testimonio más elocuente de las discrepancias aludidas que la decisión de JOAN COROMINAS y JOSÉ A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, t. 5, Madrid, ca. 1983, págs. 23b-26a, de continuar apoyando un étimo oriental (ár. vulg. *rukún*, con base en el ár. clás. *rukūn*), mientras VICENTE GARCÍA DE DIEGO, a juzgar por la póstuma 2.ª ed. (que estuvo a cargo de CARMEN G. DE D.) de su *Diccionario etimológico español e hispánico*, Madrid, 1985, pág. 353a, perseveró en declarar *rincón* una voz de procedencia germánica.

com-edor, *mir-ador* refuerza la suposición de que no se trata de un rasgo heredado, en línea recta, de la latinidad peninsular.

Por añadidura, la cronología apoya nuestra hipótesis. Así, *comedor*₁ 'el que come' fue acuñado en plena Edad Media; se encuentra en *Calila y Dimna*, es decir, a mediados del siglo XIII, y lo registró Nebrija. Por otra parte, *comedor*₂ 'lugar donde se come', aunque ya familiar a Sebastián de Covarrubias, en las primerías del siglo XVII, tardó en generalizarse; el Diccionario de Autoridades todavía lo tachaba de regionalismo y le prefería francamente *comedero* (y eso que existía a su lado el adj. *comedero* 'comestible', ya sancionado por Nebrija)²⁷.

²⁷ Entresaqué esta información, que me parece típica, del DCE de JOAN COROMINAS. En cuanto a la frecuencia de este tipo, es verosímil que continúa siendo relativamente baja. Así, en la pág. 671a del *Diccionario inverso de la lengua española* de IGNACIO BOSQUE y MANUEL PÉREZ FERNÁNDEZ, Madrid, 1987, queda registrada una treintena de formaciones en *-ador*; de este conjunto, una sola palabra, a saber *probador*, contiene, en su espectro de significados, un matiz que viene al caso; la Academia lo define así: 'en los talleres de costura, almacenes, tiendas de ropas, etc., aposento en que los clientes se prueban los trajes o vestidos'; corresponde, pues, al *salon d'essayage* o *ajustage* de París y al *fitting room* de Londres y Nueva York. De esta estadística se puede inferir que el total de parecidas formaciones no ha de exceder de veinte o, a lo sumo, treinta.

Lo común, siempre según la vigésima edición del Diccionario de la Academia, es que la unidad léxica que termina en *-ador* (o una de sus variantes) acumule dos funciones: la adjetival y la sustantival. Así, apoyándose en el material proporcionado por BOSQUE y PÉREZ FERNÁNDEZ, *loc. cit.*, se puede caracterizar como típica la doble función de *acabador*, *acribador*, *adobador*, *alabador*, *aprobador*, *cebador*, *cribador*, *desyerbador*, *encorbador* (ant.), *grabador*, *reprobador*, *robador*, *silbador* y *turbador*. No faltan casos más complicados; así, *arrumbador*, a más de emplearse como adjetivo, puede designar dos clases distintas de obreros; *escarbador* o es adjetivo, o se refiere a un instrumento; *bambador* y *trabador* aluden exclusivamente a unas herramientas; *derribador*, *entibador* y *estibador* solo evocan imágenes de operarios honestos, mientras *engibador*, voz de germanía, equivale a 'rufián'. No faltan adjetivos puros: *estorbador*, *estribador* (ant.), *sumbador*; en determinados casos conviven el adjetivo en *-ador(a)* y la etiqueta sustantival en *-adora*, mientras se trata de un oficio que no atrae a varones: *estrujadora*; *trobador* es un extranjerismo que carece en absoluto de verbo correspondiente, mientras el indigenismo *chimbador*, limitado al Perú ('indio perito en atravesar ríos'), tampoco cabe bien en el sistema. Existen, en el fondo, dos homónimos *arrobador*, según el punto de partida es el verbo *arrobar* o el sustantivo *arroba* (es decir, la medida tradicional).

Lo que tiene mejor perspectiva de medrar en el próximo porvenir, a juzgar por su pujanza actual, es el nombre de lugar en *-adero*, de sabor mucho más rústico que su rival en *-ador*; p. ej., *acaballadero* 'sitio (o tiempo) en que los caballos o asnos cubren a las yeguas'. También gozan de cierta boga los adjetivos en *-adero*, etc. que sugieren una posibilidad, a veces pasiva, igual que sus rivales en *-adiso*: *acaecer* 'que puede acaecer'. Es previsible una lucha atroz entre los nombres de máquina, vehículo, etc. en *-adora* (como *estrujadora*) y los que terminan en *-adera* (*arrobadera* 'trailla, especialmente la de menor tamaño, apropiada para efectuar pequeños movimientos'). Es altamente probable que en la lengua familiar siga cundiendo el tipo obligatoriamente fem. pl. *asentaderas*, *dormideras* 'facilidad de dormir'. Véase más adelante.

XI

De haberse producido de hecho, hacia fines de la Edad Media, el trasplante, al territorio de España, de una forma galorrománica legada por *-(T)ŌRIU*, sería lógico exigir que tal proceso dejara unos vestigios incontrovertibles en catalán. Por fortuna, los materiales reunidos por el diligente equipo de catalanistas corroboran tal sospecha²⁸. En aquel idioma han resultado compatibles los usos del sufijo *-or* (mejor dicho, de varios homónimos que señalamos por la fórmula "*-or*") para designar:

a) abstractos, principalmente deadjetivales, función en que *-or*, de ordinario, hace juego con *-ura* o *-ez* en español: *agror*, *amargor*, *blancor*, *claror*, *dolsor*, *estretor*, *olor*, *fortor*, *frescor*, *grogor*, *llisor*, *maror*, *tristor*, *vellor*, *verdor*, *vermellor*;

b) nombres masculinos del agente varón (tomado en el sentido más amplio del término): α) *governador*, *menjador*, *salvador*, *xerrador*; β) *bevedor*, *conexedor*, *corredor*; γ) *repartidor*, *texidor*, etc., extraídos de *menjar*, *xerrar*, *bever*, *conexer*, *teixir*, ...

c-d) nombres de lugar: *colcador*, *llavador*, *parlador*, en rivalidad con nombres de instrumento: *agafador*, *colador*, *mocador*, otra vez con base en verbos. En esta categoría no deja de impresionar el paralelismo con el francés: *col-ador* depende de *col-ar* como *coul-oir* se respalda en *coul-er*; *mocador* queda justificado por *moc-ar* igual que *mouch-oir* se explica en función de (*se*) *moucher*.

Queda un pequeño residuo de formaciones en *-sor*, *-tor* en vez de *-dor*, fáciles de explicar en perspectiva histórica; no se alejan del resto en lo semántico-funcional: *rasor* > *rahor* (RĀSŌRIU) y *refetor* (REFECTŌRIU).

Corresponden a b), c) y d) unos cuantos femeninos en *-ora*, pl. *-ores*, predominando una simetría perfecta entre los dos géneros en lo que atañe al significado. Así, aluden a un instrumento (otra vez, *lato sensu*) *passadora* y *regadora*, mostrando una *t* o una *s*, como rasgos arcaicos frente a la *d* predominante, *covertora* y, ante todo, (pl.) *tisores* < TŌNSŌRIĀS, con disimilación de las vocales posteriores igual que en los casos rigurosamente paralelos del esp. ant. *tixerās* 'tijeras' y port. *tes-ouras*, *-oiras*. Como era de

²⁸ Me apoyo, ante todo, en el análisis nada despreciable de TOMÁS FORTEZA Y CORTÉS, *Gramática de la lengua catalana*, [Palma de Mallorca], 1915, págs. 113-5, igual que en la contribución del comparatista vienés JOSEPH HUBER, *Katalanische Grammatik: Laut- und Formenlehre, Syntax, Wortbildung*, Heidelberg, 1929, pág. 209. Para el estudio de los abstractos en *-or*, comparados con sus equivalentes en provenzal y español, conserva su interés el § 85 del tratado tan controvertido de W. MEYER-LÜBKE, *Das Katalanische; seine Stellung zum Spanischen und Provensalischen...*, Heidelberg, 1925.

esperar, reaparece la misma variante del sufijo en nombres de un agente femenino, ora se trata de una mujer: *planxadora*, ora de un animal o un ave, p. ej. la gallina: *ponedora* (al lado del verbo *pondre*). A estas series, representadas copiosamente y aun productivas en la actualidad, cabe agregar alguna que otra formación jocosa, aislada casi por definición, p. ej. *rabidora* 'arrebato de furia' (en compañía de su sinónimo *rabor*). Ya en textos medievales se encuentran ejemplos de *-dora* en formaciones adjetivales: *bestias aradoras*, *trevas duradoras*.

Como si ese laberinto no fuese suficiente, no faltan semicultismos masculinos en *-ori* y cultismos plenos femeninos en *-oria*, de significado variado: *adjutori*, *dormitori*, *lavatori*, *locutori*; *palmatoria*, en rima con *memoria*, etc. Ese aspecto del material en cuestión ya nos concierne menos, porque a esta altura no se produjo ninguna coincidencia local de los respectivos reflejos de a) *-(T)ÖRE*, *-(S)ÖRE* y b) *-(T)ÖRIU*, *-(S)ÖRIU*, tan importantes para la valoración de *com-edor*, *mir-ador*, *obr-ador* en español²⁹. El desarrollo semiculto de *-ĀRIU*: masc. *-ari*, fem. *-aria* muestra un grado notable de paralelismo, sin que llegue a ser absoluto, mientras su evolución en la capa patrimonial del léxico revela ciertos desvíos de la norma debidos a interferencias familiares a los estudiosos del francés y del provenzal.

XII

Los pocos especialistas —desde Hanssen hasta Alvar y Pottier— quienes se han ocupado en serio de las peripecias del sufijo *-(T)ÖRIU* en la península ibérica no han dejado de señalar un reflejo medieval poco duradero, a saber, *-duero*, altamente característico del antiguo navarro-aragonés y, en particular, del dialecto riojano de Gonzalo de Berceo. Esta forma *-duero*, desde luego, corresponde exactamente al sufijo *-doiro/-douro* del gallegoportugués y así constituye la prole legítima, transmitida por conductos directos, de *-(T)ÖRIU*; pero, a diferencia de lo que sucedió a lo largo de la costa atlántica³⁰, los descendientes "regulares" (o patrimoniales) de tales arquetipos

²⁹ Si no me engaño, merecen una glosa aparte tan solo las voces siguientes: (a) *gafar* 'coger', *colcar* 'cabalgar', *folor* 'locura', *fortor* 'olor fuerte y desagradable', *grogor* 'amarillez', *maror* 'marejada', *menjar* 'comer', *xerrar* 'charlar'.

³⁰ A lo expuesto anteriormente sobre el portugués literario estoy en condiciones de agregar unos cuantos datos que conciernen al gallego contemporáneo. Así, LEANDRO CARRÉ ALVARELLOS, en la 2.^a edición (La Coruña, 1933) de su *Diccionario galego-castelán...*, registra *abrigadoiro* 'sitio de refugio', *ancoradoiro* 'fondeadero', deverbales ambos; además, *abesoiro* 'variedad del abejón' y 'juguete que imita el zumbido del zángano de la colmena' —todo ello al lado del adj. *abrideiro* 'que se abre fácilmente' (designa además una especie de melocotón)—, *amedrontadeiro* 'que da miedo', *ancadeiro* 'que anda cojeando' (es decir, con alusión al anca), *andadeiro* como adjetivo 'andarín',

latinos no sobrevivieron del todo en castellano, dejando muy escasas huellas sólo en el léxico arcaico dialectal³¹. Aunque nadie ignora el fenómeno de la ocasional reducción de *ue* a *e* en el radical de ciertas voces (tipo FRÖNTE > esp. ant. *fruenta* > mod. *frente*³²) —evolución paulatina que se presta cómodamente a la observación directa—, no ha despertado mucho interés, que yo sepa, la pérdida o el desmedro de ciertos sufijos marcados por la presencia ora de *-ue-*, ora de su polo opuesto *-ie-*.

Acudiendo a la esmerada edición crítica que ha preparado de los *Milagros de Nuestra Señora* Brian Dutton (y, en particular, al glosario)³³, vemos confirmada la lección *cobdiciadero* —con base, agrego por cuenta mía, en el verbo *co(b)diciar*, no en el sustantivo *co(b)dicia*. Pero este derivado no agota la materia; *creendero* 'vasallo fiel' (308d, 309b) presupone, si no me engaño, **cre(y)eduro*, arrimado a *fazendera* 'trabajo obligatorio' (710b); nótese *crendice* en portugués. Además, *monedera* 'campana de aviso' (290b), desde luego, no procede de *moneda*, sino del verbo *MONĒRE* y así ha de representar una variante ya bastante adelantada de **monedura*. De haber salido acertadas estas reconstrucciones, ya vemos, en los albores del siglo XIII, en pleno desmoronamiento el ramo patrimonial de *-(T)ōRIU*, frente al que se dibuja el floreciente ramo culto, representado no sólo por *diversorio* 'hostal' (552b) —parecido en su arquitectura fundamental a *fossalario* (107d) 'osario, cementerio'— sino también por *dormitor* (78c), el que anuncia la cristalización del esquema *cenador*, *comedor*, *mirador* que el lector, por ahora, ya ha de tener muy presente.

Lo que, salvo error, no se han preguntado los previos investigadores es si la reducción tan visible de *-(d)uero* a *-(d)ero* era un suceso enteramente aislado, de ámbito y carácter casi anecdóticos en la crónica de la formación de palabras mediante los disponibles sufijos de derivación, o si, al revés, hacía juego con otros acontecimientos por el estilo. Uno de los propósitos

'persona que anda mucho' y como sustantivo 'camino fácil de andar'; por añadidura, femeninos como *afiadeira* 'afiladera, piedra de afilar'. Sospecho que las formaciones en *-eiro*, *-eira* representan adaptaciones de la forma española del sufijo, que rivalizan con las variantes autóctonas *-oiro*, *-oira*. Según José S. CRESPO POZO, *Contribución a un vocabulario castellano-gallego*, Madrid, 1963, pág. 22, están en pugna, si bien no con clara repartición geográfica, *augadeiro* y *augadoiro* como equivalentes semánticos de 'abrevadero'; literalmente corresponden a *aguadero*.

³¹ Hanssen, en el § 330 de su *Gramática*, cita *asmadero* y *cobdiciadero* como voces típicas de Berceo, agregando *valeduro*, atestiguado por el *Fuero de Navarra*; y achaca al influjo de *venidero*, etc. la subsiguiente transformación de *-uero* en *-ero*.

³² Suministro varios ejemplos de ese cambio y ofrezco una tentativa de explicación en mi contribución ("Etymology as a Challenge to Phonology: The Case of Romance Linguistics") a la miscelánea *Lautgeschichte und Etymologie; Akten der VI. Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, ed. M. Mayrhofer, M. Peters, O. E. Pfeiffer, Wiesbaden, 1980, págs. 260-85.

³³ Gonzalo de Berceo, *Obras completas*, ed. BRIAN DUTTON, t. 2, Londres, 1971.

de nuestra pesquisa es llamar la atención sobre el esencial paralelismo de dos evoluciones rara vez asociadas: la metamorfosis de $-(T)\bar{O}RIU > -(d)uero$ en $-(d)ero$ y la completa extinción de $-ENTIA > -ien\tilde{c}a$ (excepto en alguna que otra palabra suelta, como $SEM-ENTIA > \text{esp. ant. } sem-ien\tilde{c}a$), y sacar de ello ciertas conclusiones en lo relativo a las gamas vocálicas de determinados sufijos españoles.

XIII

Por suerte, en lo que toca a las extrañas fortunas de los sufijos mellizos $-ANTIA$ y $-ENTIA$, la recopilación de los materiales imprescindibles ya quedó llevada a cabo hace más de cuarenta años³⁴. Del material reunido entonces se infiere que, en un principio, estos dos sufijos gemelos, ambos con base en una íntima combinación del radical del participio presente ($-ANT-$, $-ENT-$, $-IENT-$) con el elemento abstracto $-IA$, se desarrollaban simétricamente, sin sacudidas, en la Península entera, estribando la única complicación en la coexistencia de variantes patrimoniales y cultas; es decir, de $-an\tilde{c}a$ e $-(i)en\tilde{c}a$ frente a $-ancia$ e $-(i)encia$. Ese característico estado de cosas —una especie de doble bifurcación— se conservó sorprendentemente bien en gallegoportugués antiguo igual que en catalán medieval³⁵. En lo que atañe a la multi-secular coexistencia de $-an\tilde{c}a$ y $-ancia$, no se produjo ningún cambio radical en las etapas posteriores de la evolución del español, hasta la actualidad; resulta familiar a todo el mundo la tranquila convivencia, en textos de la Edad Media, de *abastan\tilde{c}a*, *abonan\tilde{c}a*, *abon-/abundan\tilde{c}a*, *acaban\tilde{c}a*, *acercan\tilde{c}a*, *acordan\tilde{c}a*, etc. (que integraban el grupo mayoritario) con la minoría de formaciones de carácter más exquisito en $-ancia$: *abun-/abondancia*, *adivinanza*, *alabancia*, *andancia*, *arrogancias*, etc., sin que faltasen dobles, ni voces híbridas ni seudocultismos. Por otro lado, pese a lo que sucedió en las zonas atlántica y mediterránea, el centro de la península no tardó en abandonar casi por completo a $-ien\tilde{c}a$, es decir, el producto normal de $-ENTIA$, empeñándose, por otro lado, en una casi prolija conservación de su doblete

³⁴ Véase YAKOV MALKIEL, *Development of the Latin Suffixes -ANTIA and -ENTIA in the Romance Languages...*, Univ. of California Publications in Linguistics, t. I: 4, Berkeley y Los Angeles, 1945, págs. 41-188, *passim*.

³⁵ Véanse, en los inventarios léxicos que acompañan la precitada monografía, algunos ejemplos de gall.-port. ant.: *abastan\tilde{c}a*, *achegan\tilde{c}a*, *avisan\tilde{c}a*, *avondan\tilde{c}a*, ...; *estancia*, *inorancia*, *o(b)servancia*, *su(b)stancia*, ...; *asteen\tilde{c}a*, *aveen\tilde{c}a*, *bemqueren\tilde{c}a*, ...; *ab-/au-stinencia*, *con(s)ciencia*, *diligencia*, *paciencia*... Huelga insistir en que, repetidas veces, el verbo subyacente ya había desaparecido del léxico. Con igual criterio conviene juzgar las formas extraídas de antiguos textos catalanes: *abonan\tilde{c}a*, *abondan\tilde{c}a*, ...; *fragancia* y el seudo-cultismo o hibridismo *astrugancia* ...; *conexen\tilde{c}a*, *creen\tilde{c}a*, *volen\tilde{c}a*, ...; *aparencia*, *cadencia*...

culto *-(i)encia*; testigos *aborrencia* (y aun *aburriencia*), los dos unidos por estrecho enlace con *aborrescencia*; además, *absencia/a(u)sencia, a(b)stinencia* (rodeado, por lo menos, de cuatro variantes), *accidencia, ad(h)erencia, adolecencia, adolencia* (variante ora de *dolencia*, ora de *adolecencia*), *advertencia*, etc.³⁶

¿Cuál fue el principal o único obstáculo a la supervivencia de *-iença*, es decir, de la forma que convenían en postular las normas locales de la evolución y, por añadidura, el paralelismo del portugués y del catalán? Resulta difícil declarar que resultó incompatible con la supervivencia de parecido sufijo la cristalización, en su núcleo, de un diptongo como *-ie-* < *-ĕ-*, dado el imperturbado desarrollo de sufijo tan intrínsecamente español como *-iego*³⁷. Sin embargo, sí parece sostenible la afirmación de que la red de las gamas vocálicas en que descansaba gran parte del sistema español de sufijos (p. ej., *-ano ~ -ino ~ -uno, -arro ~ -orro, -al ~ -il, -anco ~ -enco*), no toleraba la infiltración de diptongos, oponiéndose en ese particular al sistema de las desinencias verbales, que sí acepta sin más la coexistencia de *-aron* y *-ieron, -ara* y *-iera*, etc. Resulta aplicable la tal conjetura a la pérdida a) de *-(d)uero* < *-(T)ōRIU*, a cuyo chocante diptongo se oponía el claro monoptongo de *-ero* < *-ĀRIU*; y b) de *-iença* < *-ĔNTIA*, que por la misma razón se negaba a armonizar con *-ança*.

Pero con este decaimiento casi simultáneo no se agota la impresionante semejanza de las dos trayectorias. Conviene agregar, como factor nuevo y quizás aun más elocuente —siendo altamente inverosímil que se trate de mera coincidencia— el hecho de que la decadencia de *-iença* también se produjo con lentitud marcadamente mayor en territorio navarro-aragonés que en el resto de la zona central de la península. La vocal protónica de *fimencia* 'fervor' y *repindencia/repintencia* 'arrepentimiento', dos voces muy características de Berceo y del *Apolonio*, presuponen la acción de una yod que solo se entrevé de elegirse como puntos de partida las variantes **femiencia* y **rependiencia / *repentiença*, fáciles de reconciliar con las respectivas etimologías (FĪDE O FERVŌRE × VEHEMENTIA; REPOENITENTIA). Ver-

³⁶ La boga de *-encia* llegó a su colmo cuando se acuñaron formas como *menudencia* (quizás adaptación del port. *miudesa*), *garridencia*, etc., que ya carecían de primitivos en *-(i)ente*. Nótese aquí, y en lo que sigue, la esencial diferencia entre la *-ie-* resultado de la diptongación de *ĕ* en la capa patrimonial del léxico, y la *-ie-* continuación, en clave culta, de la *-Ē-* latina.

³⁷ A él dediqué un trabajo aparte posterior que, por fortuna, provocó suficiente discusión: *The Hispanic Suffix "-(i)ego": A Morphological and Lexical Study...*, University of California Publications in Linguistics, t. IV, núm. 3, Berkeley y Los Ángeles, 1951. Obsérvese que la ocasional reducción en determinados contextos de *-iego* a *-ego* (como en *gall-ego, manch-ego*, frente a *andar-iego*) nada tiene que ver con la relación entre diptongos y monoptongos en los casos de *-(d)uero* y de *-iença*, como en el arriba citado *semiencia*.

dad es que no todos los documentos notariales de los siglos XII y XIII que contienen formas aisladas como *abeniença/avinença, conven(i)ença, escogença, erença, pertinença, semença, sentença* se remontan al legado navarro-aragonés³⁸; pero en los dos casos de *fimencia* y *repindencia* se trata de dos palabras-clave que, por lo demás, ilustran la técnica de sobreponer la variante culta en *-encia* a la primitiva en *-iença*.

Por si los argumentos aducidos hasta ahora carecen de suficiente fuerza probatoria, cabe mencionar el caso afín del sufijo *-ueño* < *-ōNEU*, el cual, a causa de su diptongo *ue*, está en escandaloso desacuerdo con la serie *-año, -eño, -iño* y *-oño/-uño*. Por alarmante que fuese el conflicto, a juzgar por su resultado, no consiguió eliminar *-ueño* por completo, ya que siguen usándose los adjetivos *halagüeño, pedigüeño* y *risueño*; pero puso fin a la propagación del esquema y fosilizó por entero la serie paralela de sustantivos, en parte dialectales: *artuña, redruña, terruño*, convirtiendo *vidueño* en *viduño*³⁹. La decadencia de *-ueño*, de rebote, dio un gran empuje al sufijo *-eño*, bastante débilmente perfilado en la fase inicial de su desarrollo. Se desaviene la escasa vitalidad de *-ueño* en español con la marcada pujanza de su equivalente *-onho* en portugués: *enfad-onho* 'molesto, fastidioso', *guard-onho* 'tacaño', *med-onho* 'amedrentador, medroso', *trist-onho* 'melancólico', también *ris-onho* (pero *afag-ador, -ante, -[u]eiro* 'halagüeño'); carece de cualquier paralelo en español la pujanza semántica de un regionalismo, de tono familiar, como *vid-onho* 'índole, naturaleza', con base en *vid-onho* 'vid cortada, pero que trae consigo un pedazo de la cepa', *-onha* 'designación genérica de diversas castas y calidades de uvas'.

³⁸ En mi investigación del año 1945 cito, además de varios datos fechados y localizados con todo rigor por VÍCTOR R. B. OELSCHLÄGER, también la curiosa forma *sirviença* < *SERV-ENTIA (en lugar del clásico -IENTIA) a que aludió el autor de la *Visión de Filiberto*. En la lengua de Berceo, en que *repindencia* no deja de adolecer de leve equívoco ('penitencia', 'pendencia'; véase *San Lorenzo*, 15d; *Signos*, 74c; *Milagros*, 99c), prorrumpen cierta afinidad con *mintroso* 'mentiroso' (*Sacrificio*, 90d) y *mintré* (*Santa Oria*, 154a).

³⁹ Me reservo para otra ocasión la pormenorizada discusión del problema de *-(u)eño*. No rebosa de energía el breve resumen de HANSEN, *Gramática*, § 294, pero por lo menos está exento de errores como el que cometió ALLEN, *Portuguese Word-Formation...*, § 85, quien se empeñó en derivar *vidonha* de *vida*, en lugar de *vide*, y se olvidó de mencionar las relevantes indagaciones de CAROLINA MICHAËLIS. El que *-ueño*, en un principio, prometía mucho se infiere de la formación de *ped-ig-üeño*, el cual no se comprende salvo como eco de *halag-üeño*, arabismo transparente, en el familiar contexto de las lisonjas del mendigo. De esta cronología resulta que la presión de la gama *-año, -iño*, etc. sobre *-ueño* se hizo sentir al declinar la Edad Media. Es insostenible, según ya nos consta, el análisis de *vid(u)eño* que ofrece J. D. M. FORD, *Old Spanish Readings...*, Boston, etc., 1911, 1939, pág. xviii.

XIV

El derrumbe del sufijo tan castizo *-(d)uero* < *-(T)ōRIU*, cuya última fase acabamos de presenciar en unos cuantos testimonios aislados del navarro antiguo, tuvo dos consecuencias de peso capital para el ulterior desarrollo del sistema morfológico en el entero sector central de la península: a) una evolución muy pujante del sufijo *-(ad)ero* (y sus variantes), cruce de *-(ĀT)ōRIU* y *-(ĀT)ĀRIU* que, debido a la oposición de la gama vocálica al diptongo *ue*, tendía a favorecer éste y no aquél; y, a raíz de tal mezcla, una extensión del descendiente de *-ĀRIU*, es decir, de *-ero*, más allá de sus límites previsibles; además, b) una excepcional boga del sufijo culto *-(at)orio* y sus variantes, aun fuera del ámbito social y estilístico, por lo común, compatible con la penetración de cultismos de esta clase. Vamos a examinar por separado las dos repercusiones.

Para simplificar el examen del primer proceso, será útil reparar, al principio, nada más que en el tipo *-(ad)ero*, a exclusión de sus variantes menos frecuentes *-(ed)ero* e *-(id)ero*. Ya nos consta que existen aún hoy, y existían en el pasado formaciones en *-(ad)ero* que representaban una sencilla combinación de *-ado*, *-ada*, o *-da(d)*, con *-ero* < *-ĀRIU*. Ejemplos transparentes de tal categoría son: *mercadero* como variante del occitanismo *mercader*, con base en *mercado*; *pescadero* 'vendedor de pescado'; *posadero* 'dueño de una posada'; y *recadero* 'persona que tiene por oficio llevar recados'. Presupone *poridad* (cualquiera que sea en última instancia el origen de esta voz tan discutida) el arcaísmo *poridadero*. Pertenece solo a medias a este grupo pequeño, pero influyente *cebadera* 'mortal o manta que sirve de pesebre', por depender de un sustantivo (*cebada*), eso sí, pero lucir un sufijo que, según toda probabilidad, se remonta a *-ōRIU* y ya no a *-ĀRIU*.

La enorme mayoría de las formaciones en *-adero* son de claro origen deverbal; o reflejan *-(ĀT)ōRIU* y, de ser patrimoniales, presuponen el estadio *-aduero* tan fácil de reconstruir y tan difícil de documentar, o encierran transparentes imitaciones de tales esquemas. Dentro de este enorme conjunto (que abarca unidades en pleno auge o anticuadas, absorbidas por el léxico general o reducidas al uso regional —el de las provincias de Álava y Salamanca, entre otras—), predominan en proporción impresionante —sospecho que es lícito hablar de un 90%— las designaciones de un lugar, sitio o paraje. Los siguientes ejemplos, definidos con acierto por el Diccionario de la Academia en su última redacción, no necesitan comentario:

abarrancadero, albeldadero, aparcadero, apriscadero (= aprisco), arrancadero, atascadero, atracadero, derrocadero, derrumbadero, desembarcadero, desbocadero, embarcadero, embocadero, enfoscadero, escarbadero, nadadero, revolcadero, sacrificadero, trompicadero.

Además, se trata aquí de un modelo formal y semántico familiar a un sinnúmero de extranjeros aun si, en general, ignoran el español. Así, no hay parisiense que no se dé cuenta de la existencia, en aquella metrópoli, de un *Trocadero*; apenas si hay un habitante de San Francisco, en la lejana California, que se obstine en no reconocer el *Embarcadero* o una calle que se llama *Divisadero*. Verdad es que a veces, principalmente en la lengua familiar, la alusión a determinado lugar palidece con el desarrollo de sentidos figurados; así, *despeñadero* y *derrumbadero*, que en un principio aludían tan solo a un 'precipicio, lugar donde es fácil caer', hoy día, en ciertos contextos, equivalen a 'riesgo, peligro'; *abarrancadero*, a más de evocar un 'sitio donde es fácil abarrancarse', sugiere un 'negocio o lance de que no se puede salir fácilmente'; *atascadero*, en el fondo, es un 'lodazal o sitio donde se atascan los carruajes', pero por añadidura se refiere a un 'estorbo o embarazo que impide la continuación de un proyecto, empresa, pretensión, etc.'. Pero aun en tales casos de extensión semántica nunca se borra por completo la poderosa imagen primitiva, que gira en torno a una acción.

En una minoría de los casos observados, *-adero* designa un instrumento: (*des*)*mocadero*, *salpicadero*, *trabadero*, y a ellos se arrima *moscadero*, que se respalda en el nombre del insecto molesto. Es excepcional que la misma voz sea capaz de prestar ambos servicios, según el contexto: observación aplicable a *picadero*. En una capa seguramente muy antigua de voces, en gran parte anticuadas, los derivados en *-adero*, igual que sus precursores medievales en *-aduro*, funcionan como adjetivos: *aplicadero*, *convocadero*, *dadero*, *olvidadero*, *purificadero*. Es, a la vez, adjetivo y designación de un sitio *secadero*, pero quizás no en boca del mismo hablante. Este desfile de ejemplos, por cierto, no agota las posibilidades; pero en el residuo que queda atrás ya se trata de trayectorias individuales, que conciernen más bien al etimologista ⁴⁰. Huelga insistir en que se puede proponer idéntica clasifica-

⁴⁰ Alguna que otra formación parece exigir un examen más pormenorizado. Así, convendría establecer el enlace jerárquico entre el sustantivo *rosca*, el verbo *enroscar* y el brote (aragonés) *roscadero* 'cesto grande de mimbre con dos o cuatro asas en el borde'. La Academia deriva *roscadero* (y aún *roscador*) directamente de *rueca*; como existe el verbo *enrocar*, la filiación del derivado se presta a retoques. La voz *baba*, de apariencia infantil, entronca con *bab(ad)ero* y *babador*, mientras el verbo *babear* sirve de base a *babeo*; sería útil averiguar si existió en lo antiguo también el verbo **babar*. Son bien pocas las voces técnicas acuñadas por medio de la variante femenina *-adera*, pero lo esencial es que no falten por completo, siendo el modelo quizás más tradicional *tijera(s)*, tipo extraído de TÖ(N)SÖRIA; a él se arrima *despabiladeras* 'tijeras con que se despabila la luz artificial'. Como tentativa independiente de aprovechar tal posibilidad cabe mencionar *rociadera*. El frecuente uso del plural allanó el camino al esquema, propio de la lengua familiar, *tener buenas despabiladeras*, *tragaderas*, etc., del que nos ocuparemos en lo sucesivo; sin duda recibió el apoyo de giros adverbiales estructurados como *de buenas a primeras*. Su propia hechura exige el uso del plural en el caso de ciertas prendas de corte simétrico, por ej. *ceñideras*. Al arriba citado uso fraseológico

ción semántico-funcional para los derivados algo menos numerosos en *-edero* e *-idero*⁴¹.

XV

En el segundo avance efectuado por *-(ad)ero* y sus variantes obligatorias *-(ed)ero* e *-(id)ero* se trataba, casi exclusivamente, de las formas femeninas en *-a* que designaban a mujeres asociadas con ciertos oficios, los cuales, en general, disfrutaban de escasa estima⁴². Lo típico, para un hablante medieval, era disponer de dos series paralelas, una de sustantivos masculinos en *-(ad)or*, etc. y otra, por supuesto mucho más breve, de femeninos en *-(ad)era*, etc., situación compleja que evocó con genial acierto y envidiable concisión Juan Ruiz hace seis siglos y medio: "*Texedor e cantadera nunca tienen los pies quedos*". Había unos cuantos casos aislados de paralelismo perfecto ya en plena Edad Media, p. ej. *panadero* 'vendedor de pan' (en un principio, ¿de panadas?⁴³) frente a *panadera* 'vendedora de pan'; o *soldadero* 'jornalero que vive de la soldada diaria' al lado de *soldadera* 'mujer que vende al público su canto, su baile y su cuerpo mismo' (cf. fr. ant. *sol-doiere* 'meretriz'). Pero la repartición común era: *cant-ador*: *cant-adera*, gall.-port. *-adeira*. La forma en *-ador* era directamente deverbial; su polo

de ciertas formaciones en *-adero* se puede agregar el pintoresco giro: *estar uno al embocadero* 'está próximo a conseguir lo que procura o pretende'.

⁴¹ A título de material en busca de una ulterior clasificación paralela estoy en condiciones de aducir los siguientes ejemplos seleccionados al azar:

a) *aborrec-*, *acaec-*, *acontec-*, *beb-*, *cab-*, *coc-*, *complac-*, *crec-*, *defend-*, *empec-*, *fac-/hac-* (e *inhac-*), *merec-*, *nac-*, *pac-*, *perec-* (e *imperec-*), *prend-*, *torc-*, *venc-edero*;

b) *abr-*, *a(d)ven-*, *acud-/recud-*, *apell-*, *ceñ-*, *cern-*, *cruj-*, *cumpl-*, *dec-*, *div-*, *dorm-*, *exprim-*, *hab-*, *escup-*, *exig-*, *fall-*, *guarn-*, *plañ-*, *pol-/pul-*, *podr-/pudr-*, *recib-*, *re-reñ-*, *resum-*, *sal-*, *sofr-/sufr-*, *sub-*, *sum-*, *surg-*, *surt-*, *ve-nidero*.

El total de esas formaciones (por cierto, muy heterogéneas) ha de representar aproximadamente un tercio de cuantas registra el Diccionario de la Academia, rotulando según derecho a algunas como arcaísmos o regionalismos.

⁴² En lo que sigue me apoyo principalmente en los materiales que reunió y pasó por tamiz con mucho esmero MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares...*, Madrid, 1924, págs. 42-49. Así y todo, se le deslizó alguno que otro descuido; así, al referirse a los valiosos trabajos anteriores de CAROLINA MICHAËLIS DE VASCONCELOS, "Randglossen zum altportugiesischen Wörterbuch" (VII), *ZRPh*, t. 25 (1901), pág. 539 y su "edición crítica y comentada" del *Cancioneiro da Ajuda*, 2 tomos, Halle, 1904, t. 2, págs. 903-4, no interpretó correctamente su dictamen sobre la derivación de *sol-dadera*.

⁴³ *Panad-ero*, *-era*, extraídos de *panada*, pero íntimamente asociados con *pan*, recuerdan el caso de *carnicero*, derivado de *carnisa*. Véase sobre esta materia mi artículo "Los interfijos hispánicos: problema de lingüística histórica y estructural", en la *Miscelánea-homenaje a André Martinet*, ed. Diego Catalán, t. 2, Universidad de La Laguna (Canarias), 1958, págs. 107-99, así como las reacciones de WOLFGANG DRESSLER y otros que sigue provocando.

opuesto, es decir, la forma en *-adera*, había sido, en un principio, denominal, con base en un sustantivo en *-ado*, *-ada* que designaba determinada cuota de trabajo y, en el fondo, era un sustantivo verbal; compárese el caso de *costurera*, nombre de agente femenino basado en *costura*, que a su vez se remonta al verbo *coser*. Esa especie de "truco" ha de responder a la necesidad de polarizar en la medida de lo posible a los agentes, oponiendo las mujeres a los varones; trae a la memoria la distancia que separa, en latín, REX de REG-ĪNA, GALL-US de GALL-ĪNA, IMPERĀTOR de IMPERĀTRĪX, etc., entroncando este último derivado con la serie arcaica GENETRĪX, IANITRĪX, MERETRĪX, OBSTETRĪX⁴⁴. Con afirmar que en español antiguo predominaba el tipo *espigadera*, *texedera*, etc., no queremos negar la efímera existencia de ciertas alternativas: dejaron huellas aisladas latinismos sin disfraz, como *cantatrix* (en rigor, antiguo gallego, ya que se trata de un documento de Lugo, año 1228), o formas provenzalizantes como el a.nav. *cantaressa* (Pamplona, 1385); también *juglara* dejó un vestigio aislado. Plantean problema aparte casos de disimilación eliminadora de una sílaba, a buen seguro en el caso de *entend[ed]era* (Ruiz, *LBA*, 1513) y, a lo mejor, también en el de *trot[ad]era*.

Queda por averiguar el momento histórico cuando *-adora* terminó por sobreponerse a *-adera*, en la lengua literaria igual que en la espontánea habla dialectal; de ahí que en Andalucía despierten tanto interés en lo actual las *canta(d)oras*. Otro problema aparte, a que ya se ha aludido de pasada, es la ocasional sustitución de *-ad-* por *-and-*, etc., como en *hilandera*, conservado como rival de *hiladora*. Según ya nos consta, el equivalente portugués *-(ad)eira* y sus compañeros de la gama vocálica se han atrincherado marcadamente mejor que *-adera* en nombres de agentes femeninos, el cual tipo se extinguió en las postrimerías de la Edad Media. Es la forma gallegoportuguesa del sufijo la que nos autoriza a afirmar sin titubeo que se trata, en efecto, de un antiguo brote de *-ĀRIU*, y de ninguna manera de *-ŌRIU*.

El estado de cosas que acabamos de esbozar representa el fondo contra el cual vale la pena examinar los numerosos nombres de instrumentos (en gran parte rústicos) que terminan en *-adera*. Ya Meyer-Lübke, en su atrevida (y a veces apresurada) síntesis del año 1894, manifestó gran interés por ese material léxico, amontonando ejemplos como:

⁴⁴ Este sufijo *-ix*, tan importante para el indoeuropeísta, se conservó particularmente mal en español, en lo actual peor que en lo antiguo, cuando por lo menos corrían parejas *emperador* y *emperatrix*. Sobre las cuatro precitadas voces latinas que forman el núcleo del grupo, no dejan de ser muy notables los comentarios sueltos de ALFRED ERNOUT y ANTOINE MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, 4.^a ed., París, 1959-60, págs. 272a, 304b-305a, 399ab y 653b. MERETRĪCE convertido en *MELETRĪCE dejó unas cuantas huellas medievales, pero a larga distancia de la Península (cf. *REW*² § 5523).

abarredera, abrasadera, afiladera, agramadera, agusadera, andaderas, apretadera, armadera, atabladera, bañadera, binadera, calzadera, cargadera, cintadera, cortadera, etc.

Inclusive se le antojaba una bifurcación: los femeninos en *-adera* constituían un reflejo de *-ĀTŌRIA* con marcada especialización semántico-funcional, mientras los masculinos en *-adero* hacían eco a *-ĀTŌRIU*, con especialización no menos fuerte, pero distinta. En el fondo, el catedrático de Viena tenía razón; pero en algunos casos, equivaliendo el nombre de un instrumento al de la trabajadora quien lo manejaba, era concebible como punto de partida para ambos *-ĀT-* + *-ĀRIA*. Tal tendencia de identificación prorrumpió, ante todo, en lo moderno, provocando la sustitución, en gran escala, de *-adera* por *-adora*: *cortadora*, etc., pero *contador*, quizás a raíz de la adaptación del ingl. *counter*. Sumados los derivados en *-adera*, *-adora* y *-ador*, se oponen, desde luego, al tipo rival, cada vez más común, de compuestos acomodados al esquema *pisapapeles*.

XVI

El tercer adelanto del tipo *-(d)ero, -(d)era* se manifiesta, pero solo en el nivel familiar del idioma, en la cristalización de la fórmula *tener buenas* (o *malas*) *-(d)eras*, pudiendo haber actuado de modelos algunas frases fijas, como *tener buenas tragaderas* 'ser excesivamente crédulo o ingenuo' al lado de *tener malas entendederas* 'ser tonto'. Es casi de rigor que se emplee el plural; como ha observado con acierto un buen conocedor del español coloquial, la popular pluralización en tal contexto sirve para sugerir el abultamiento⁴⁵. También parece obligatorio que el verbo en cuestión sea *tener* y que el objeto venga precedido de *buenas* o, alternativamente, pero ya con menor frecuencia, de *malas*. Definidas así las condiciones del actual empleo del tal tipo fraseológico, no causarán sorpresa hallazgos de giros fijos o de sus imitaciones espontáneas como: *(tener buenas) desenfadaderas*, es decir, 'quedar dotado de la feliz capacidad de olvidar ofensas'; —*absolvederas* (hablando de un sacerdote); —*predicaderas* (en lo relativo a un predicador); —*explicaderas* (con alusión a un profesor); —*despachaderas* (teniendo presente a quien sabe quitarse de encima fácilmente a tipos molestos); —*dormideras* (evocando la figura de quien concilia el sueño con prontitud); —*calladeras* (retratando a quien sabe callar a tiempo, ser persona discre-

⁴⁵ Conviene dejarse guiar por WERNER BEINHAEUER, *El humorismo en el español hablado; improvisadas creaciones espontáneas*, Madrid, 1973, pág. 84.

ta)⁴⁶. Ora se interprete al cerebro (al meollo, a los sesos) como instrumento de la inteligencia, ora como a su sede, lo más lógico es analizar el sufijo *-(d)eras* como descendiente de *-(τ)ōRIA*, postulando como eslabón intermedio, por lo menos en el plano teórico, a **-(d)ueras*. En cuanto al agregado de la *-s*, no hay óbice a colocarlo en la encrucijada de varias corrientes tradicionales: la cristalización de fórmulas rimadas (como *ares* y *mares*); de característicos giros adverbiales (como *en ayunas*, *de buenas a primeras*); de conceptos anatómicos medio idiosincráticos (como *las narices*, *las espaldas*, *los hígados*, frente a *le nez*, *le dos*, *le foie*, en francés), que prorrumpen ante todo en frases fijas: *hablar por las narices*, *tener agarrado por las narices*; *dar de espaldas*, *echarse sobre las espaldas*, *hablar por las espaldas*; *echar los hígados*, *hasta los hígados*, *moler los hígados*. Obsérvese el uso de *asentaderas* para evitar un término más vulgar: *nalgas*.

XVII

Concluido el examen de la expansión tridireccional de *-(d)ero*, *-(d)era(s)*, después de desechada su distintiva forma original *-(d)uero*, *-(d)uera(s)*, queda a nuestro cargo echar una ojeada a las peripecias de *-(t)orio*, *-(t)oria* y sus previsibles variantes *-(s)orio*, *-(s)oria* igual que *-(x)orio*, *-(x)oria*. No se trata aquí principalmente de la adopción de la forma culta del sufijo en palabras de auténtico sabor erudito (si bien no carece de interés el que el español recurra a un cultismo como *ilus-orio*, afín al inglés *illus-ory*, mientras *illus-oire*, en francés, e *illus-orisch*, en alemán, encierran una transmisión mixta o semiculta). Pero brillan, ante todo, por su humorismo y excentricidad las híbridas combinaciones de *-orio* con radicales patrimoniales, en las tres lenguas literarias de la Península igual que que en los respectivos dialectos. Huelga instar en que la presentación medio cómica de asuntos, de por sí, serios y aun solemnes es un rasgo característico de la cultura española, que ya prorrumpe, desenfrenado, en el *Libro de buen amor*. Tampoco parece necesario insistir en la abundancia de trabajos críticos dedicados a tal peculiaridad, en lo que concierne al folklore y a la literatura amena.

Para volver, pues, al análisis —no más austero, pero sí más técnico— de la formación de palabras, cabe recordar las tentativas que ya se hicieron a principios de este siglo de interpretar el esp. *abolorio* 'descendencia de abuelos' como eco de *repertorio* o *requisitorio*, suponiéndose como matiz intermedio *'árbol genealógico'. En portugués, *finório* parecía hacer eco

⁴⁶ Aquí resulta provechoso otro libro del mismo autor: BEINHAEUER, *El español coloquial*, tr. F. Huarte Morton, Madrid, 1963, pág. 221.

a *satisfactorio*; del caudal léxico del catalán se entresacaban ejemplos como *rebombori* 'tropol de gente, gentío' y *casori* 'bodas' ⁴⁷. El tema es inagotable, y, con la riqueza de fuentes lexicográficas disponibles hoy día, merece un examen aparte, muy detenido; quizás, por añadidura, con atención especial al factor del fonosimbolismo ⁴⁸.

⁴⁷ Son innegablemente agudas, como era de esperar, las observaciones sueltas sobre *-orio* (y *-erio*) que publicó LEO SPITZER —apoyándose en indagaciones previas de OIVA JOHAN TALLGREN-TUULIO y de JÚLIO MOREIRA— primero al comienzo de su breve miscelánea "Etymologisches aus dem Katalanischen", *Neuphilologische Mitteilungen*, 15 (1913), págs. 157-179; luego en su libro *Lexikalisches aus dem Katalanischen und den übrigen iberoromanischen Sprachen*, Bibl. dell' *Arch Rom.*, Serie 2: 1, Ginebra, 1921, pág. 16; pero también rebosan de descuidos y de conjeturas descabelladas. Así, resulta inoportuno postular la existencia de dos voces homónimas independientes *vejestorio*: una que alude a un individuo, la otra que se refiere a un objeto, y suponer un origen distinto para cada una. Parece que la etapa decisiva fue el esfuerzo de los hablantes por separar *vejatorio*, derivado del verbo *vejar*, de un brote chistoso de la familia de *viejo/envejecer/vejez*, y que optaron por *vejestorio*, en lugar de **vejestorio*, quizás bajo la presión de *com-est-ibles*. Con motivo de *requilorio*, el autor no subrayó lo bastante el uso del plural, que recuerda los giros *andar con rodeos* y *dejarse de rodeos*. Por otra parte, Spitzer tuvo el mérito de llamar la atención de sus lectores sobre el útil artículo de HUGO SCHUCHARDT, "Die romanischen Nominalsuffixe im Baskischen", *ZRPh*, 30 (1906), págs. 1-10, donde se discuten el vasc. *o(u)ndorio* 'sucesión' (reflejo de *FUNDUS*) y otras formaciones por el estilo en *-ari* y *-ori(o)* (véase la pág. 5); parece cultismo neto *laudorio* 'alabanza' (= esp. ant. *loor*). Este último derivado, que evoca la obra de Gonzalo de Berceo, presupone, por lo tanto, una curiosa coalescencia de *-ōre* y *-ōrium*. Merecen atención, por un lado, *gatuperio* 'caos, truco, intriga', que el autor asocia con *VITUPERIU*; y por otro, cat. *tiberi*, occ. *emperi* 'ruido, escándalo', los cuales, según él, enlazan con *IMPERIUM*; ¿es lícita tal divisoria? La única voz italiana que cita el autor en ese contexto es *putiferio*. No está a mi alcance otro opúsculo de SPITZER: *Katalanische Etymologien*, Hamburgo, 1918, el cual, a lo mejor, contiene ulteriores propuestas o aclaraciones.

⁴⁸ De reanudarse un día el presente estudio, ya en grande escala, podrían acausarse derivados dialectales de alto interés. Comunico por anticipado que MARÍA JOSEFA CANELLADA, en su útil monografía sobre *El bable de Cabranes*, Supl. 31 de la *RFE*, Madrid, 1944, reunió información abundante sobre *cobert-oriu*, *colad-oriu*, *compned-oriu*, así como sobre *fes-oria* y (pl.) *mes-ories*, refiriéndose todas esas voces a diversos instrumentos rústicos (o estando a medio camino entre la designación de un lugar y la de una herramienta); además recogió el jocoso par de derivados *compreended-oriu*, *-oria* 'cerebro, intelecto', cuyo sentido figurado trae a la memoria las dos formaciones castellanicas, ya examinadas, *entended-eras* y *tragad-eras*. Véase, para un examen más detallado, YAKOV MALKIEL, *Patterns of Derivational Affixation in the Cabraniego Dialect of East-Central Asturian*, UCPL, t. 64, Berkeley, etc., 1970, pág. 44, con una alusión al ast. occ. *cobert-oira* (según el vocabulario de ACEVEDO Y FERNÁNDEZ) frente al port. *cobert-eira*. La paradoja radica en que en el Occidente extremo de Asturias se ha conservado con mayor fidelidad la variante gallegoportuguesa que en el propio portugués literario, el cual debió de pedir prestada la forma en *-eira*, al español, apresurándose a disfrazarla.

XVIII

La evolución de $-(\tau)\delta RIU$ y sus variantes que acabamos de bosquejar representa, en el mejor de los casos, una tentativa de reconstrucción bastante incompleta. En el transcurso de nuestra investigación hemos invocado el testimonio de varios idiomas de abolengo afín, eso sí, pero sin agotar esa materia (haciendo caso omiso, por ej., del rumano y del retorrománico que un inventario futuro, para ser agotador, debería tomar en cuenta, a juzgar por las muestras que ofreció hace casi un siglo la insuperada síntesis que llegó a ser la gramática histórica comparada de Meyer-Lübke). Pero, aun admitiendo ciertas lagunas y otras varias imperfecciones⁴⁹, me atrevo a creer que hemos conseguido solucionar dos problemas que pesaban largo tiempo sobre la conciencia de los romanistas; amén de eso, quizás hemos logrado allanar el camino que un día ha de llevar a la aclaración de otras dificultades.

En primer lugar, el tipo *cenador, comedor, mirador, obrador, probador*, que rivaliza con un número más elevado de formaciones en *-adero*, pero alude con frecuencia a moradas más elegantes y, a veces, palaciegas, no es de vieja cepa castellana, sino que refleja el desarrollo ultrapirenaico de $-(\tau)\delta RIU$, entroncando con el *-ori* del provenzal y el *-oir* (todavía no pronunciado /war/) del francés antiguo. Afortunadamente, en este respecto, el catalán forma un puente, como era de esperar, entre los dos dominios de habla romance separados por los Pirineos. En cambio, el gallegoportugués, en este caso concreto, va en contra de tal tendencia a pedir préstamos a los influyentes vecinos galorrománicos.

En segundo lugar, la eliminación de $-(d)uero$, es decir, del descendiente más auténticamente patrimonial de $-(\tau)\delta RIU$, cuyos últimos vestigios se encuentran en la zona del antiguo navarro y riojano (recuérdese el uso de Gonzalo de Berceo), no es un fenómeno aislado e inexplicable. Corren parejas: a) la pérdida de *-iença* < *-ENTIA*, en pro de la variante culta *-encia*

⁴⁹ En un estudio más formal cabría distinguir estrictamente, a cada paso, $-\delta RIU/-\delta RIA$ precedidos de vocal larga o breve (no importa mucho cuál, en sílaba protónica) de las mismas variantes del sufijo precedidas de consonante (*REPERT\delta RIU*); y ese conjunto, a su vez, de $-\delta RIU/-\delta RIA$ precedidos ya de vocal (*ILL\delta S\delta RIUS*, tardío) ya de consonante (*T\delta NS\delta RIU*, -A), siendo de observar, en particular, la grafía $-\delta RIU$ equivalente a /kso:rju/, por ej. *UX\delta RIU* 'atento a la esposa', y la tendencia latente en el habla popular de transformar *-rs-* en /s/, como en el caso tan elocuente de *VERS\delta RIA* (extraído de *VERSUS*, el part. pas. de *VERTĒRE*) > port. *vass-oura, -oira* 'escoba'. A este multiforme caudal de formaciones legítimas, caracterizadas todas ellas por una *o* larga, es lícito agregar, como mero apéndice, alguno que otro caso, aislado casi por definición, de $-\delta RIU/-\delta RIA$, siendo *MEM\delta RIA*, por consiguiente, difícil de reconciliar con *VICT\delta RIA*.

(mientras sobrevive sin estorbo *-ança* al lado de *-ancia*); b) la marcha en retirada de *-ueño*, en pro del sufijo (nada afín en lo semántico) *-eño*, contra el fondo del florecimiento de *-año, -iño, -oño/-uño*; y c) el precitado derumbe de *-(d)uero, -(d)uera*, dada la alianza de *-(d)ero < -(T)ĀRIU, -dor(a)* y *-(d)ura*. En estos tres casos, se dibuja la cristalización de una gama vocálica de sufijos, con base en unas características “anclas” consonánticas (*-nç-, -ñ-* y *-d ... r-*). Tales gamas admiten, por cierto, un juego de dos a cinco monoptongos diversos, pero excluyen con rigor cualquier diptongo, ora se trate de *-ie-*, ora de *-ue-*.

Además de estos dos hallazgos, hemos observado de pasada varias manifestaciones de importantes tendencias cuyo examen exhaustivo, por necesidad, irá aplazado. Descuellan entre ellas: α) el esfuerzo que hacían los hablantes de la Antigüedad tardía así como de la Edad Media, de diferenciar —en la medida de lo posible— las designaciones de los oficios de varón de aquellos de mujer (*-ador* frente a *-adera* en español y *-adeira* en gallego-portugués antiguos); igual que β) la incesante infiltración de formas leonesas y castellanas no solo en el gallego (proceso que nadie niega), sino también en el portugués propiamente dicho (fenómeno rara vez admitido), con o sin disfraz.

University of California, Berkeley